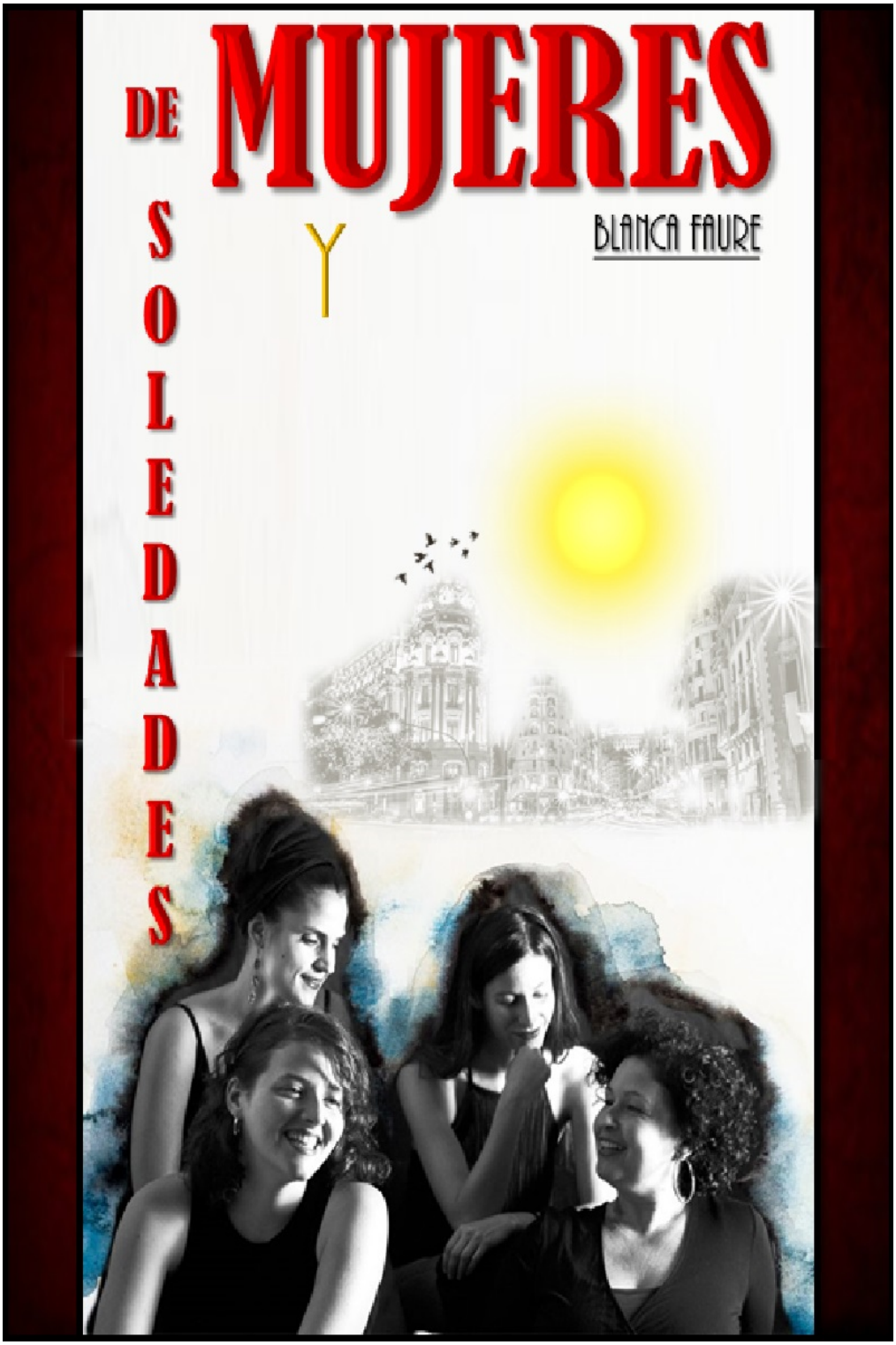
DE MUJERES Y SOLEDADES

Blanca Faure



Capítulo 1

Image not found.

CAPITULO I. NICOLETA

—¡Adrián! ¿Dónde andará este chico? En su habitación no está ¡Qué extraño! Él sabe que puede traer sus ligues a casa, jamás se lo he prohibido ¡Ay! ha dejado de ser mi niño, ya es todo un hombre, y como

todos ellos únicamente pueden pensar con la entrepierna ¡Los conozco sobradamente bien, cortados por el mismo patrón!

Tan sólo los días de lluvia disuadían a Nicoleta de desayunar en la terraza. Se había convertido en un rito diario sentarse como una reina en su sillón de mimbre junto a una pequeña mesa, sorber ceremoniosamente una taza de café y untar una tostada con mantequilla y mermelada que degustaba en pequeños y espaciados bocados. En esa mañana de junio, mientras contemplaba el renacer de su barrio y terminaba su desayuno, sintió el abrazo en sus hombros de los primeros rayos de sol, el ruido del motor de los coches, cláxones, el alzamiento de persianas, las pisadas con prisas ¡A por el día! pensó, mientras entraba en el salón y volvía a llamar a su hijo— ¡Adrián! ¡Adrián! — Se dijo a sí misma que no se iba a preocupar, ya no era ningún niño y confiaba en él ¡Lo había educado de forma correcta!

Debía apresurarse o llegaría tarde. Calzó sus tacones y se detuvo frente al espejo que dominaba la pared principal del recibidor, le agradó la estampa, se reconoció a sí misma desafiante en esos ojos castaños, nunca vacíos, siempre misteriosos. Su rostro agraciado contrastaba con un cuello increíblemente grueso, acorde con su complexión física, en una mesura perfecta. Retiró su melena a un lado y se colocó unos pendientes de aro, dorados y grandes; al toparse con la cicatriz de su labio superior, la palpó por un instante con dedos temblorosos y susurró, estremeciéndose del dolor enquistado en su alma:

—¡Canalla, más que canalla, un día u otro me las pagarás!

Había aprendido a contornear impecablemente su boca, con la maestría de un pintor y apenas era perceptible su pequeña deformidad. Tomó el bolso, corrió por la Avenida en vano pues por una milésima de segundo perdió el bus. Se puso algo nerviosa al imaginar que la señora la estaría esperando con esa ansiedad que le exasperaba ¡No quería ni pensar en la mañana que iba a pasar! Le aumentaría a dos milígramos la dosis de Trankimazín, al fin y al cabo, la hija de la señora así procedía cuando no podía más, y eran muchas las ocasiones en las que su madre superaba su casi santa paciencia.

¡Al fin otro autobús! Se desplomó en el primer asiento al lado de la ventanilla y sus pensamientos empezaron a divagar como siempre que permanecía ¿Ociosa? Casi nunca lo estaba. Ocupaba su tiempo en un millar de tareas domésticas, ordenaba los armarios una y otra vez hasta el éxtasis, todo en su lugar, todo perfecto, todo como tiene que ser, únicamente así se apreciaba una persona digna. Desde niña tenía la necesidad de demostrar su valía, que merecía vivir y ser feliz como los demás.

Apareció en casa de la Señora cinco minutos tarde, odiaba retrasarse, le causaba mucha inquietud pues su estricta educación no toleraba la impuntualidad, en compensación se quedaría un ratito más. Abrió la puerta temerosa, le había costado mucho esfuerzo que la señora le confiara una llave, no era de las que se fiara de cualquiera y mucho menos de una rumana ¡Gracias a Dios aún dormía! En el claroscuro de la alcoba que definían dos minúsculos haces de luz, se perfilaba su silueta plenamente desnuda, despatarrada, diva, se intuían sus pechos redondos y la claridad de su piel. La secuencia era cinematográfica pese a ese ronquido sordo y la babilla blanca que brillaba en la comisura de su boca. Nicoleta aceleró el ritmo de sus tacones y de un topetazo descubrió las cortinas. La claridad del día abofeteó el rostro de la señora, mostrando ahora sí, sin filtros, un cuerpo de ochenta años, aunque bien podía pasar por uno de sesenta, a juzgar por la tersura y lo sonrosado de su piel.

—¡Buenos días señora! Estamos perezosas hoy ¿eh? ¡Venga arriba ya son las nueve!

Pilarita, la señora, descubrió los ojos azorada y balbuceó un sonido ininteligible ¡Qué manía tenía con hablar sin la dentadura puesta! Advirtió cómo Nicoleta revoloteaba por la habitación como el zumbido de una mosca de la fruta. Al instante entendió que la sumisión era la mejor baza para ganarle la partida. Se colocó, no sin dificultad, la dentadura y unas gafas sucias y empañadas y sonrió teatralmente. Sentada en la cama estaba lista para la función. Su hija, Blanca, contaba entre regocijo y admiración que la "Comedia Española" había perdido a una gran actriz. Interpretaba papeles de lo más dispar para conseguir lo que se proponía. Quizás no fuera maldad y era así su naturaleza, una muñeca caprichosa y mal criada, inconsciente de su habilidad para herir. En un juicio sumarísimo, cualquier juez hubiera dictaminado la irresponsabilidad de sus actos.

Hoy tocaba interpretar pues a una adorable viejecita, abnegada madre, que había asumido con generosidad el paso de los años. Vencida, se entregaba a esa enorme mujer de uno ochenta sin tacones, de manos grandes y rápidas, con aspiraciones a sargento chusquero. Nicoleta apenas llevaba un mes al cuidado de Pilarita, pero se sentía valorada, poderosa, imprescindible. Había caído sin remedio en esa tela de araña infantil y peligrosa, que con paciencia de Penélope tejía y enmarañaba dia a día la señora.

—¡Qué bueno está el puré! ¡Nicoleta, eres la mejor cocinera del mundo ¡Qué ordenada eres! ¡Qué guapa! ¡Qué lista! ¡Qué buena!

Proseguiría con su personaje un tiempo más, entre tanto le rogaría que le preparara croquetas, porque era una excelente cocinera o que le comprara una blusa, pues su gusto era exquisito. Pilarita analizaba todos los puntos débiles de Nicoleta y bombardeaba sus fortalezas, en una

partida de ajedrez mental paciente y perseverante, Por el momento esperaría, no le interesaba quedarse sola. Pero hoy añadiría más munición, impactando sin piedad en el núcleo de sus carencias, las tenía bien focalizadas:

—¿Qué haría yo sin ti, Nicoleta? ¡Prométeme que nunca me abandonarás!

Y así, día tras día, la mosca Nicoleta se sentía poderosa , especial , irremplazable, ignorando que iba a ser su próxima víctima.

Capítulo 2

Image not found.

CAPÍTULO II PILARITA

Pilarita le propinó a Nicoleta un "beso metralleta", de los que se esparcen y derraman, de los que babean las mejillas.

—¡Adiós, cariño, adiós, aquí me quedo ansiando que sea mañana para volver a verte otra vez!

Cerró la puerta tras ella con toda la dulzura de la que fue capaz. La función había terminado por hoy, comenzó entonces su metamorfosis, arrugó el entrecejo y se entregó a uno de sus peculiares monólogos, a viva voz:

—¿¡Estas extranjeruchas que se creen!? ¡Aquí quien manda soy yo! ¡Esa, a saber de dónde viene! Yo no, yo soy hija de maestra y fui esposa de un militar de alta graduación (jamás decía Guardia Civil). Ella nunca podrá alcanzar lo que yo he logrado. ¡Vienen aquí a quitarse el hambre y encima dando órdenes! ¡Esta hija, que poco se parece a mí, me ha puesto a ésta y ala a callar! ¡Doce horas estuve pariendo a Blanca para que ahora me deje tirada como un trapo! ¡Soy su madre! ¡Qué tiene que trabajar dice! Si hubiera sido más espabilada y su culo menos gordo, tendría otro marido, y no al “enfermo”, que no vale para nada ¡Mi otra hija no consentiría esto, pero pobre poco puede hacer desde el otro lado!

Los que la conocían bien, no dudaban que había enfermado de puro egoísmo ¿Su diagnóstico? “Trastorno afectivo maniaco depresivo”, lo que se da en llamar no sin cierta ligereza “Trastorno bipolar”, que unido a su exótica personalidad, era caso digno de estudio y no por un becario precisamente. La señora, solía revelar a la gente la historia de “La hija que se me murió”, que aunque cierta, la teatralizaba de tal manera que había que tener el corazón como el pan duro para no llorar con desgarro. Esta historia resolvía y perdonaba todas sus sombras y no había más que hablar. Pilarita se casó muy joven, veintiún años, su madre apremiaba su salida del seno familiar un poco por colocarla, otro porque nunca habían congeniado y su presencia era una constante fuente de conflictos, sobre todo si no tenía al momento el objeto de su deseo, fuese cual fuese.

¿Qué cómo conoció a su marido? Pilarita no era una mujer que diera puntada sin hilo, tomó el tren al regreso de las fiestas de un pueblo, invitada por unos amigos de sus padres. Frustrada por la falta de buenos partidos, tenía que reconocer que estuvo rompedora con el género masculino, pero los halló a todos sin excepción, pueblerinos y sin pretensiones.

Mientras buscaba un sitio donde sentarse, rumiaba que se le estaba pasando el arroz. Al final del vagón ¡Milagro! Allí estaba como una

aparición, un galán de película: Alto y de uniforme ¡Cómo le gustaban los uniformes! Con modales, seguro que con labia, trabajo y con la solvencia económica que necesitaba ¡Este sí que no se me escapa! Así que segura de sus encantos, contoneó su pequeño cuerpo y sus redondas caderas a lo Marilyn Monroe e hizo el ademán de colocar la maleta en el altillo reservado para el equipaje. Por supuesto, el caballero se ofreció a ayudarla y Pilarita tomó asiento a su lado, no sin antes alabar su fortaleza, su altura, su galantería y su buen hacer. Le ofreció también unas infalibles rosquillas, de todos era sabido que a los hombres se les conquista también por el estómago, toda munición era poca.

Construyó más su atractivo señuelo describiendo su "Regio linaje": Madre maestra, hermano sacerdote, hermana mecanógrafa, en fin excelente familia. El galán, no muy ducho en estos menesteres, con una novia que ya hacía tiempo no le hacía vibrar, sucumbió a su hechizo. Abandonó a su eterna prometida y cinco meses después se casó con Pilarita a bombo y platillo, con uniforme uno, de blanco la otra y en una gótica catedral donde no falto el arroz y los buenos deseos.

Ni su ilustre familia, ni su particular encanto, la libró de fregar de rodillas el suelo de madera de las casas cuartel donde vivía con su marido, ni de lavar en el río o acarrear agua, como el resto de las mortales. Ella, que había nacido princesa, exigía la vida con la que había soñado, y ya ni lo dudó cuando dio a luz una niña muerta. Ese trauma le acompañaría siempre, no podía comprender que le ocurrieran fatalidades, no era una mujer como las demás, y rezaba todas las noches como una buena católica para tener a Dios siempre de su parte. Así que su mente voló a otros paraísos perdidos donde no sintiera dolor terrenal, ni miseria, donde fuera única y todos la adoraran.

Sonó el teléfono:

—¿Mamá?

—Hola cariño, te quiero mucho, soy tu madre (Le encantaban las obviedades) saliste de mis entrañas (Disparo lapidario)

—Mañana no podré visitarte, tengo una comida con unas amigas, necesito desconectar del trabajo.

—¡Ah amigas!….(¿Qué era más prioritario que una madre?)

—¡ Me acuerdo tanto de cuando eras pequeña y siempre estabas conmigo! ¿Te acuerdas cuando tenías anginas y te cuidaba? Siempre te preparaba agua con limón. (Me lo debes)

— ¡ Si, mamá, pero mañana no puedo ir, un beso, cuídate mucho!

Como siempre que conversaba con su madre, a Blanca le invadía la sensación de no terminar de satisfacer una deuda infinita contraída por el mero hecho de haber sido parida, era una sensación molesta que le carcomía por más que intentaba racionalizarla.

Pilarita se fue enfurruñada a dormir, su hija iba siempre a su aire ¿En que había fallado? Se tomó las dos pastillas de "Seroquel", un potente antipsicótico que mantenía aparentemente su cordura y se adormiló para sentir como cada noche su otra niña, la que moraba en su particular paraíso, la abrazaba. Le pareció escucharla en el duermevela:

—¡Duerme, mamá, así podremos estar juntitas un rato, te espero, no tardes, estoy sola!

—¡Voy nena, no te preocupes, mamá está aquí, yo te cuidaré!

Y así, abrazadas, Pilarita advertía una paz inmensa. Este era su gran secreto, jamás se lo revelaría a nadie, ni a Blanca, ni por supuesto a esos loqueros que la atiborraban de pastillas. Nadie la creería, amén de que se la arrebataran ¡Era su niña, su verdadera niña, no podía dejarla marchar!

Capítulo 3

Image not found.

CAPÍTULO III. LA COMIDA DE LOS VIERNES

Marina, Blanca y Agustina (Tina), habían sido compañeras de trabajo hacía ya treinta años, en una tienda de regalos de la Plaza del Pilar, que ahora ocupaba una heladería. El primer viernes de cada mes tenían una cita para comer. Se referían sus proyectos, sus problemas y en qué punto de la vida se hallaban. Esta terapia natural, hubiera podido sustituirse por la consulta de un psicólogo, pero este formato les pareció más atractivo e infinítamente más divertido.

Al principio de sus encuentros comentaban principalmente sus escarceos con “los chicos”, luego cada una de ellas fue optando por caminos bien diferentes, reestructurando su escala de valores, pero no por ello se

quebró su peculiar nexo, un hilo rojo invisible que parecía haberlas unido para siempre.

Blanca, la hija de la señora, llegó como siempre la primera. Pidió al camarero que le sirviera un vino blanco fresquito y unas aceitunas negras, mientras las aguardaba en la barra. Como filósofa del grupo, siempre iba acompañada de una pequeña libreta donde anotaba pensamientos y situaciones. Era pequeña y regordeta, de pechos y curvas generosas, pero muy guapetona. Su naturaleza distraída, su alma tan blanca como su nombre asomaba desnuda por sus risueños ojos. Fue educada en colegios religiosos que marcaron inevitablemente su forma de entender el mundo, el deber y la culpa eran losas de las que no podía desprenderse. Sus padres católicos acérrimos, habían diseñado para ella un esquema vital sencillo de perseguir, pero su inteligencia, excentricidad o rebeldía según sus progenitores, le hacía cuestionar cualquier norma social, terrena o divina.

—¿Qué hay que adorar a Dios? ¿Por qué? ¿Qué ha hecho ese para adorarle?— Dicho esto, los cinco dedos la mano de su padre se estrellaban en su cara. En esa casa las cosas "Eran" no se cuestionaban y asimiló rápido que las iniciativas intelectuales acarreaban amarguras. Así, que se dispuso a solapar sus razonamientos y refugiarse entre tanto en la mediocridad ¿El salvavidas? Su abuela materna, sostuvo y guío esa alma inquieta e incomprendida hasta transmutar en una mujer prudentemente inteligente, lo suficiente para poder desenvolverse en la familia que le había tocado en suerte nacer.

Ya estaba sorbiendo el último trago de vino, cuando apareció en escena Marina con una blusa ibicenca y un pantalón corto blanco luciendo moreno. Se despojó de sus enormes gafas de sol descubriendo unos ojos redondos y grandes a lo "Betty Boop": ¡Muac! Beso sincero y sentido a Blanca. Su silueta era del tipo triángulo invertido, bien proporcionado, con dos armas infalibles de las que se valía a las mil maravillas: sus espléndidos pechos y sus incorruptas piernas a pesar de rozar los cincuenta, caso aparte sus pies y manos, regordetes que estilizaba lacando las uñas en un afán de alargar sus dedos. Marina ternura, dulzura, interpretaba con visión clara y sincera la vida, Marina escuchadora inagotable, Marina serena. Es la cara amable del sufrimiento, cuando te abandona lo hace sembrando un reguero de paz y sosiego, aunque seguía sufriendo todavía espantosos episodios de ansiedad.

—¿Qué tal estás Marina?

—¡Muy cansada! tengo que ir al médico no me encuentro muy bien —Pidió una Cocacola zero y se dispuso a escuchar con generosidad a Blanca.

-Te veo seria Blanchi

-¡Mi madre que me ahoga, Toni, que cada día está más “volao”, estoy a "esto" de mandarlo a la puñetera mierda! — Dijo uniendo el pulgar con el índice, gesticulando a lo italiano.

A Blanca y Marina les embelesaba conversar, su conexión se había acrecentado con los años y una cita mensual les sabía más bien a poco. Se llamaban constantemente por teléfono y acordaban verse bajo cualquier excusa; eso sí, al margen de Tina, ella ya no pertenecía a "La cofradía de las desafortunadas y perdidas del ¿Qué coño hago con mi vida ahora?" Sólo admitían a las más desesperadas y ellas lo estaban. Estuvieron departiendo más de un cuarto de hora sobre las relaciones materno filiares de una y otra, la asfixia las bloqueaba ¡Tenían que romper! ¿Cómo? Huir ¿Cuándo? la relación con los hombres la apartaban para otro capítulo, o quizás estirándola un poco diera para una novela de terror.

Apareció Tina, recién salida de la peluquería como una “Superstar”, su look no era muy actual, parecía un ama de casa de los anuncios de los años sesenta vendiendo aspiradores, aunque ella emanaba seguridad y perfección. Sus ojos eran aovados aunque bonitos, de largas pestañas, cetrinos, como el color de su piel. Su prognática mandíbula alejaba cualquier intento de equilibrio en su rostro y sus reducidos pechos descompensaban su cuerpo, mostrando la incipiente encorvadura de su espalda sin ningún tipo de compasión. Se desenvolvía en el arte de la manipulación con soltura y jamás desaprovechaba una ocasión con distracciones. Su vida estaba trazada con tiralíneas y tinta china, por supuesto sin borrones. Cuando llegó del pueblo a la ciudad su madre la había aleccionado muy bien sobre las flaquezas de los hombres y las armas que disponían las mujeres. Tenía que prevaler su lozanía, su mantenida delgadez y hallar un buen partido. Un marido que aportara a su familia dinero y seguridad ¿Viejo? no, ese era su límite ¿Qué pensarían en el pueblo? Debía formar una familia con algún joven universitario, despistado, prometedor, de los que desean a su lado una “Mujeramadellavesmadre” que solventara sus necesidades más básicas y lo indultara de cualquier memez doméstica. Lo encontró ¿Alguien lo dudaba?

—¡Hola chicas! ¿Cómo estáis?—Espetó Tina interrumpiéndolas, Un beso, otro, todo bien y perfecto. Hoy en su agenda tenía anotado “Comida con amigas”, no andaba muy sobrada de relaciones, al menos sinceras. Se sentaron en una mesa para tres junto a la ventana, pero por primera vez las tres pudieron oír como el hilo rojo se tensaba hasta romperse.

—¡ Chicas siempre estáis hablando de vuestras madres o de hombres! Sois monotemáticas, encomillando con los dedos sus palabras, Blanca odiaba la condescendencia con que lo hacía. Se zambulló en un soliloquio

sobre las bondades de la maternidad, y ella que de profesión era “mamá”, defendía con vehemencia que una madre siempre sabe lo que un hijo necesita, le allana el camino y era absurdo cuestionarlo.

—Si no, ¡Mirarme a mí, me ha ido bien así! Y sonrió de medio lado, como si estuviera de vuelta de todo—Marina, cada día aguantaba menos las bobadas de Tina, y quiso contestar, cuando le preguntó:

—¿Ya has dejado a tu marido o qué?

—Si, Tina, nos estamos divorciando— Enmudeció, deglutiendo su irritación, le hubiera gustado decirle que su vida no era tan pluscuamperfecta como la suya, echarle en cara su falta de tacto, pero no quería herirla.

—Te lo dije cuando me lo presentaste ¡Hay que elegir mejor!—En este extremo, sí que tuvo que morderse la lengua literalmente, y discurrió para sí, divertida, una pelea de gallos rapera para controlarse: “Eh tú lo que vale para tí no vale para mí, no puedo ser tan calculadora como tú, respétame o la boca te partiré”, oh yesss”_y ahogó su voz con un trago de Cocacola que le abrasó la garganta. .

Tina cambió de registro cuando se percató que Marina estaba ya en el límite de su tolerancia

—Te lo digo por tu bien, sólo por ayudarte, ¿Somos amigas, no?—Para Tina, la verdad, era sólo una, sin interpretaciones, y lo peor, exigía que los demás contemplaran el mundo con sus mismas gafas. Estuvo disertando un largo rato en un monólogo insufrible, indulgente, manido, sobre lo que había que hacer y lo que no, ofreciendo una “Máster clase del saber vivir”. Blanca estrujó literalmente a Marina:

—¡Ains…sólo necesitamos un abrazo, sólo eso! ¿Verdad peque?—cómplices, se guiñaron un ojo. Sabían que tenían delante no ya a una amiga sino a una estratega que siempre creía saber cómo proceder, que ya no escuchaba, y se alejaba irremediablemente de la realidad. Se hacían cruces de que aún acudiera a las comidas de los viernes. ¡Tenían tan poco que ver ya!, tanta perfección, tanto “Saboir faire”, estaba destruyendo el cariño que antaño le profesaban. Tina se había casado de blanco, con toda pompa y boato con un cirujano cardiovascular, número uno en su promoción. Por supuesto de ”penalti”, se le estaba resistiendo demasiado. Esa era una minúscula mancha que Dios ya le había perdonado. La familia de su marido no la veía con buenos ojos, les costaba encontrar ternura en ella y sabían lo manipulable que era su hijo en temas mundanos.

—¿Y tú Blanca?

—Bueno, ya sabes que Tony no está bien, acude a un psicólogo, y sí, la relación se está resintiendo.

Tina volvió a la carga con otra arenga sobre la falta de ambición de Tony, achacó a su endeble fortaleza de carácter todas sus enfermedades. Que si no se puede ser tan Quijote, que si no hubiera sido sindicalista hubiera escalado en la empresa y Blanca no tendría que trabajar tanto…

_¡Trabajaría igual Tina! —pensó Blanca, pero ningún sonido salió de sus labios, era inútil defenderse e intentar que lo entendiera ¡Era como hablar con su madre!

Hacía rato que Marina y Blanca habían desconectado de tanto bla bla bla…y apuraron el café para retirarse pronto, ¡Hoy estaba especialmente pelma esta Tina!

Capítulo 4

Image not found.

CAPITULO IV NICOLETA Y ADRIÁN

Llegó a casa reventada, su nivel de exigencia era tan alto que conducía a su cuerpo al límite del dolor. Se quitó los tacones y volvió a admirarse en el espejo de la entrada: La línea azul, ya corrida de sus párpados, las cejas finamente depiladas y su piel tersa y brillante. Quizás le sobraban cinco kilos, no mas ¿Cómo un ser que nació con apenas setecientos gramos de peso podía haberse transformado en una mujerona así? rio por la ocurrencia.

Nicoleta nació a los seis meses de gestación, su madre estaba faenando en un campo de la aldea donde vivían, cerca de Bucarest y percibió una punzada aguda en el bajo vientre, así que su padre la trasladó en un carro a la capital. Los médicos no tenían ninguna esperanza de que ese diminuto bebé pudiera sobrevivir. Su madre, mujer pragmática, la dio por muerta y regresó a su casa como si tal cosa para cuidar de sus cuatro hijos , al fin y al cabo ya había cumplido con la ley de "Continuidad Nacional " de Ceaucescu, por la cual toda mujer debía tener al menos cuatro vástagos ¡No iba a descuidarlos para cuidar a un gato, eso es lo que era esa niña, ya tenía bastante trabajo!

El doctor tomó con una mano el feto-bebe y lo introdujo sin grandes expectativas en una de las incubadoras, a sabiendas que estaban defectuosas y que probablemente dañara los ojos de la pequeña, pero mejor eso que nada. Si no había muchos cortes de luz ese mes ¿Quién sabe? Igual sobrevivía ¡Y por supuesto lo hizo, Nicoleta era una superviviente! Una noche, su padre, de corazón más tierno y con la valentía que otorga tres vasos de "tuica" la secuestró del hospital, la envolvió en su propia camisa y se la confió a la que entonces era su amante, a la sazón su cuñada. Ella la cuidaría, era infértil y deseaba tener hijos, no permitiría que este gobierno la abandonara en esos desoladores orfanatos por el repudio de una madre sin entrañas. A Nicoleta le enternecía esta historia y la consideraba el gesto de amor más puro que alguien había tenido hacia ella jamás.

Pero su madre adoptiva no supo o no quiso ser una buena mamá, y Nicoleta creció aislada, sin cariño y contemplando escenas que una niña de ningún modo debiera vivir. No sólo era la amante de su padre, los hombres pasaban por esa casa a pares , intentando satisfacer a una insaciable Mesalina del siglo XX. Aunque siempre supo quien era su verdadero padre y se relacionaba con él de forma natural, creó un estrecho vínculo que le ayudó a crecer, creyendo que era importante al menos para alguien.

— ¡Ayyyy ya está bien! —volviendo a la realidad—¡Adrián querrá cenar y aún no está la cena hecha! ¿Adrián? ¿Dónde estás Adrián? — Se dirigió a su habitación mientras se desnudaba y se vestía con la camiseta de cocinar. Abrió con descaro, allí estaba Adrián entrelazado a otro cuerpo al

que acogía y ocultaba bajo una sábana blanca de donde brotaban unos pies delicados y femeninos.

—¡Cierra Mamela, joer!

—¡No cierro Adri!

—¿Has cobrado ya las horas extras de la fábrica?, este mes cien euros de gas, tengo que hablar contigo.

—¡Mamela, ahora no, déjame!

—¡Dile a esa niña que al menos recoja las sábanas en la lavadora, vengo agotada! ¿Es nueva no? ¡Cuando se largue hablamos!

La chica se vistió deprisa con vergüenza y muy contrariada

—¡Joer con tu madre, me ha trata como si fuera una puta, esta es la última vez que vengo! —Y sin despedirse se fue dando un portazo.—Adrián no se inmutó demasiado, estaba acostumbrado a ese tipo de escenitas.

Ya casi estaba hecha la sopa de albóndigas. "Ciorba de Perisane", en diez minutos cenarían. Apareció la silueta de Adrián en la puerta de la cocina, con el torso desnudo, tan bello como un efebo griego y unos vaqueros de los que colgaba distraídamente un cinturón. Por un momento le dio un respingo el corazón: “Era el vivo retrato de su padre" ¡Qué puñetera es la genética! se lo recordaba todos los días.

Capítulo 5

Image not found.

CAPÍTULO V LA PANADERÍA DE MARINA

Este lunes, sucedió algo insólito, espantoso. Marina estaba en la panadería, disponiendo las barras de pan en los canastos, sin pensar, maquinalmente. De repente, miró por un momento por el cristal de la ventana y el Sol había desaparecido ¿Era de noche? ¿Era madrugada? Tenía que ser de día puesto que portaba pan en sus manos. Un hormigueo nauseabundo encharcó su cabeza apropiándose de todo su cuerpo hasta atrapar los dedos de los pies. La confusión se apoderó de ella, se sintió perdida. Únicamente podía andar en zig-zag. Sus manos se entumecieron y las barras de pan se le cayeron irremediablemente al suelo. El vértigo y el miedo lo eclipsó todo. Alguien preguntó:

_ ¿Te encuentras bien?Marina, estás pálida

¿Quienes eran esas voces? ¿Dónde estaba?, no atinaba a controlar su cuerpo y sin poder remediarlo se desplomó.

En el hospital durmió durante dieciséis horas seguidas ¡Podría haberlo hecho toda la vida, Ojala! Ya en casa, llovía tras el cristal y una inexplicable tristeza la cautivaba. Pensó que lo mejor era que descansara y aprovecharía para replegarse y desconectar. Los sesos le iban a estallar, una pastilla, dos, ¡pfff! Estas crisis estaban siendo demasiado recurrentes, cada ataque de pánico que sufría duraba más que el anterior y en unas semanas todos se han coaligado en una cadena de frustración ¡El sufrimiento no terminaba de abandonarla! Haciendo un colosal esfuerzo abrió tres latas de “gourmet” y las dispuso en los cuencos de sus tres tesoros: ”Ninja” atigrado naranja, por el que sentía especial pasión, "Amy", blanca, preciosa ,de enormes ojos azules y "Paty", tricolor, pizpireta y cariñosa. Por el momento, eran la razón de su existencia, lo único que le ataba a su tediosa vida. Hacía ya dos años que acudía regularmente a terapia, después de su último intento de suicidio obligada por su exmarido.

—¿Por qué lo has hecho?—solía reprocharle

¡Qué fijación con preguntar a los suicidas por qué lo hacen! pues lo hacen porque les duele vivir, hasta un límite insoportable, porque creen que el mundo estaría mejor sin ellos, ¡Porque nada tiene sentido!

_Ya lo sabes, no soy feliz, sufro.

_Lo tienes todo Marina ¡todo! ¿Qué necesitas más? Yo no puedo seguir así.

_Lo entiendo…

—¡Tienes que salir de esta puta mierda!

¡Salir! como si hubiera compuertas en el cerebro y pudiéramos pasear de una sala a otra, cerrando y abriendo por doquier como si se tratara de nuestra propia casa. Ya no tenía sentido continuar. Para sufrir los dos mejor dejarlo. Recogió sus cosas y sintió alivio y liberación ¡Otra vez sola! Y el gato naranja retozó en su cara.

—¡Ya se tonto, no estoy sola!

Miguel no era un mal hombre, pero no lo amaba. Lo intentó con toda su alma pero fue imposible y él no se merecía esto. Fue el primero que le tendió la mano para huir de su familia, sin dudarlo se aferró a él. Lo toleraba, eso bastó por un tiempo, a veces se martirizaba pensando que quizás lo utilizó. Sabía muy bien que era ella misma y sólo ella la que tiene que salvarse, pero ¡Sentía una amargura tan profunda!

Hiciera lo que hiciera, nada podía modificar el motivo de su sufrimiento. Nunca quiso acabar con su vida sino con ese constante estado de dolor e indefensión. A veces, experimentaba una extraña mezcla de culpabilidad y asqueo que afectaba a su forma de relacionarse, el suplicio de su infancia le obliga a mantener una línea de seguridad donde se refugiaba y en ocasiones se escondía durante días sin atreverse a salir.

Una cuestión la tenía nítida, si decidía continuar viviendo, lo haría sin seguir los pasos de su madre, no era un buen ejemplo y esa vida no es para ella: No tener elección, casarse, enronarse de hijos, quedarme en casa, y soportar horas de tediosa soledad hasta que el amo regresara, continuar en la más absoluta ignorancia, no abrir el pico, no quejarse, "acallar cualquier aberración que cometan los hombres como seres superiores que eran" ¡No! ¡No iba a renunciar a ningún sueño, no iba a renunciar a nada!

Detestaba hasta el asqueo a su madre. Nunca le dio un beso, no recordaba un abrazo, jamás la protegió del degenerado de su hermano mayor.

—¡Yo también era su hija, joder! ¡Diosss!

"Mirar hacia otro lado" fue su filosofía de vida ¿Cómo tenía el valor de exigir ahora que permaneciera a su vera? Después de la muerte de su padre, el único por el que había sentido verdadero afecto ¡Que ironía! Aún recordaba cuando en el funeral de su padre, su madre la obligó a dar un beso a su hermano, sabiendo lo que sabía, ignorarlo no lo hacía desaparecer ¿¡Que madre hace eso!?, tuvo que salir a la calle a vomitar, sólo su presencia le causaba arcadas.

No valía la pena seguir con esta farsa. No había otra salida que cortar amarras, tenía que romper estos lazos retorcidos y mugrientos con su familia ¡Ellos o ella!

Pensó por un momento en despedirse pero eso era un “hasta luego” y necesitaba un “hasta nunca”. Borró sus teléfonos, todos los recuerdos, rompió cada una de las turbias fotos y construyó un muro de hormigón imaginario ¡Se eligió a ella!

Los tres gatos se acurrucaron en su almohada, a ambos lados de su cabeza y entre los ronroneos y el “Tranxilium” se quedó profundamente dormida después de una sanadora exhalación que terminó por purificar su alma.

¡Lo necesitaba!

Capítulo 6

Image not found.

CAPITULO VI BLANCHI

El encuentro del viernes le sentó bien, especialmente lo poco que pudo hablar con Marina, siempre era un bálsamo para su espíritu. Le acongojaba admitirlo, pero ya no disfrutaba de la compañía de Tina, no le agradaba que la juzgara de calamidad y conformista ¡Qué lástima! Hubo un tiempo en que sí estaban verdaderamente unidas y hubiera hecho cualquier cosa por no alejarse de ella, pero le estaba haciendo daño, no pasaba por su mejor momento.

Blanca no confiaba en la capacidad de su gente para brotar por sí mismos. Arrancaba el sufrimiento de los suyos y lo engullía para así evitarles cualquier forma de dolor ¿Resultado? Previsible, no crecían, no maduraban. ¿Era buena madre, hija, amiga, esposa? ¿O simplemente precisaba controlar todo y le complacía que la necesitaran?

Toni se dispuso a duchar, como siempre, depositó todas sus pertenencias sobre la mesa del salón, las llaves, gafas de sol y el móvil. No fue siquiera

consciente, Blanca tomó el móvil y empezó a curiosear, algo no iba bien, hacía tiempo que sospechaba que algo estaba pasando. Cada vez estaba más distante, se pasaba el día pegado al teléfono o al portátil, con esa sonrisa de" Toneti" que Dios le dió. Descubrió una veintena de "wasaps" referentes a ella, dirigidos a personas que ni siquiera conocía:

"No estoy bien con ella" ,"Tú me has descubierto un mundo que me encanta" ,"Yo por ti haría lo que fuera" ,"Ella no me entiende como tú". Su mundo se hizo pedazos, no podía creerlo, tenía que ser un error. Él la adoraba, era su Diosa, besaba el suelo que pisaba, simplemente ¡Era imposible! Todo podía desmoronarse, la tierra explotar y el Sol apagarse, pero ellos no. Era lo más valioso que tenía, el motor de su vida, la razón por la que levantarse cada mañana. Él era noble, bueno, ¡Él no haría eso!

Días atrás le dijo a Tony:

_Tony, intento encontrarte, me siento sola. Sabes que te quiero mucho, cuéntame lo que te pasa y trataré de no juzgarte. Yo no soy de medias tintas, o quiero mucho o no quiero.

_La culpa es mía Blanchi, tengo que madurar y centrarme en lo importante, no merezco una mujer como tú.

—¡Mentiroso, charlatán de feria! Preferiría que hubieras echado un buen polvo a que compartieras el alma con otra persona, que hayas mancillado nuestras fotos, nuestros pensamientos, nuestras inquietudes, que hayas abierto la puerta de nuestro universo para que otros lo contaminen y pisoteen públicamente ¡Hubiera puesto la mano en el fuego por ti! ¿En quién puedo confiar ahora? No se puede vivir en un mundo virtual porque las consecuencias no son virtuales, ¡Son reales, estremecedoramente reales!

Cuando Blanca conoció a Toni, la vida comenzó a cobrar sentido. Percibía su amor constantemente y siempre había un detalle para ella al final del día en diversas formas: Una cerveza fría, una flor, un abrazo ¡Cuánto le agradaban sus abrazos! ¡Cuánto le complacía que la cuidaran! Creyó con él tocar el cielo con la punta de los dedos, jamás pensó que su amor pudiera terminar un día, su pareja era la única verdad absoluta y sagrada, lo único por lo que valía la pena luchar. Pero ya no había cervezas frías, ni flores, ni abrazos y Blanca se sentía perdida y asustada.

—"He fracasado en todo, ahora sólo me falta fracasar en mi relación de pareja, no tengo ganas de vivir. Tengo la sensación de ridículo. De haber estado en una especie de escaparate buscando aceptación de la gente y se han reído de mí"— Le dijo Toni—

Blanca podía dar la vuelta a cualquier situación trágica y transformarla en el mejor de los chistes. Esta cualidad se la debía a su madre, tuvo que

desarrollarla como defensa a la asfixia que le producía, estaba hastiada de tanta tragicomedia en su vida. Así que se levantó, lo miró fijamente y le dijo:

—¿Ya estamos con el cuento de las tres huerfanitas? ¡Esta vez no te va a valer!

—¿Me quieres Blanca?

—Al Tony de siempre si, odio la persona en la que te has convertido.

—¡Estoy mal, estoy enfermo!

—Para afrontar la vida no hay pastillas, hay actitudes.

—Siento que he echado nuestra pareja a perder, tengo la sensación de haberte traicionado.

—¡lo has hecho, créeme!

Cuando Blanca estallaba, brotaban de su boca sapos y culebras, era un dragón escupiendo fuego, sus intensas rabietas tenían un sabor casi infantil y no cesaba hasta herir en la misma medida que ella se sentía herida.

—Me estás perdiendo ¡Entérate, de una vez! Mañana a las diez tenemos psicólogo esta vez juntos, no busques ninguna excusa porque se acaban las oportunidades.

—¡Sólo te pido que me esperes¡¡Espérame por todo lo bueno que hemos vivido juntos! ¡Encontraré la salida, te lo prometo!

Capítulo 7

Image not found.

CAPÍTULO VII TINA CAPONE

Agustina Oliveras López, de los Oliveras de toda la vida, los Oliveras siempre juntos. Algunos miembros se habían tatuado un olivo como seña de identidad. Era una relación extraña, tóxica, semejaban una secta con una sola cabeza pensante: “La Gran Matriarca”, que organizaba la vida de todos ellos y presionaba con la fuerza de todo el clan, a los díscolos. Se necesitaban, se agobiaban, se retroalimentaban, estaban programados para ser capaces de matar los unos por los otros, y muy en el fondo se detestaban. En ocasiones les sofocaba la cárcel mental a la que estaban constantemente sometidos.

Tina, acababa de colgar el teléfono a su madre. José Antonio, su hermano, había perdido el trabajo, ya llevaba tres meses y no salía nada. Necesitaba ayuda y como de costumbre, ella tenía que encargarse de todo. Su marido seguro que podía encontrarle algo si recurría a sus contactos y si necesitaba dinero pues se lo daría ¡Era su hermano, un

Oliveras!

De igual manera, la casa del pueblo precisaba un buen lavado de cara. Había que cambiar los muebles de la cocina y reformar completamente el baño. Su madre, la "Gran Matriarca", se lo recordaba constantemente: “Van a llegar las fiestas y esto aún está como está”. Eran muchos, sus siete hermanos, sus parejas, los niños, ya eran el cincuenta por ciento del censo del pueblo.

Pasó su infancia soportando el juicio y el desdén del otro cincuenta,”¿Es que no conocen el método Ogino?", era lo más educado que les decían. Pasaron muchas dificultades económicas, fue muy complicado criar a siete hijos con un puñado de hectáreas de tierra y una pequeña granja de cerdos. Tenía que retornar todos los desaires y regresar como la triunfadora que era, digna heredera de su madre, relevo matriarcal. Disfrutar con la admiración de sus hermanos y de su propia madre, de todo el pueblo ¡Apuntalar su estirpe! “La familia era la familia” (toque Al Capone).

Lo tenía decidido, no acudiría más a la comida de los viernes, ya no se sentía acogida, seguramente la envidiaban. No admitían ningún consejo. Ella, una mujer hecha a sí misma, que había llegado a lo más alto por su buena cabeza, eso sí, sin salir de casa, no podía entender como sus amigas caían una y otra vez en los mismos errores ¿Qué necesidad tenía de escuchar tantas miserias? Los problemas de su tribu Oliveras siempre serían su prioridad.

No se avergonzaba de creer en Dios, y no alcanzaba a comprender como se complicaba Blanca la vida con budismos y taoísmos, siempre explorando caminos desconocidos, cuando era tan sencillo caminar por las sendas ya pisadas ¡Era de risa lo “hippie” que era con cincuenta y cinco! Marina, pobre, esa sí que no sabía retener a nadie, ¡Era un caso perdido!

Debía apresurarse, hoy celebraban una importante cena de trabajo junto a su marido. Este nuevo proyecto de Juan le entusiasmaba, no tendrían que mudarse al extranjero, odiaba Suiza, jamás se integró el tiempo que vivieron allí. Si este plan prosperaba podía velar por los suyos: "El clan oliveras".

Durante su estancia en Suiza se alejó tanto físicamente de su familia que se le abrían las carnes. Se perdió tantas celebraciones, tantos cónclaves, que se desorientó del Gran Faro. Los necesitaba, la necesitaban, eran estos Oliveras ¡Vampiros sedientos de su propia sangre!

—¡Qué coja él el avión a Suiza pero yo ya no me muevo!

—¡Este es tu sitio, con los tuyos!— le repetía la "Gran Matriarca"—

En la cena, como buena "Oliveras", estuvo encantadora, cuidando de su pose, de sus comentarios. Agasajó hasta el servilismo a la esposa del principal accionista del hospital, donde su marido iba a trabajar de cirujano estrella. Le propuso tomar un café de vez en cuando, aprovechando que hacía poco se había trasladado a la ciudad, incluso cerraron la fecha para una comida formal donde se firmaría el contrato. Quizás ya era hora de desmarcarse y buscar otras amistades más acordes con su nuevo estatus social.

Sus hijas lucían estupendas esa noche, resplandecían hablando de sus carreras y de sus ambiciones. Pareciera que el poder, la riqueza, la belleza eran ilimitados en esa familia y complacientes exigían, eso sí, la admiración de todos los comensales. Sus padres se deshacían en halagos hacia ellas, sus dos tesoros, y más platicaban de las niñas que habían soñado que de sus verdaderas hijas. El cometido de los demás era satisfacer sus deseos, ellas habían sido educadas para contemplar esto, como una verdad suprema, eran seres especiales, tocados por una varita divina. Tina alardeaba de sus gustos en clan, con sus nenas, presumiendo del poder de la familia ¡La que ella había sabido construir!

—”Nosotros somos más de museos que de ir al cine, A nosotros nos gustan los retos ,nosotros esto, nosotros aquello"

Fue su noche soñada, esperó a que su marido pronunciara el tercer brindis y en un aparte le comentó:

—Por cierto Amor, haré un traspaso a mi hermano y a mi madre, lo necesitan, la familia es la familia (Tina Capone)

—Haz lo que tengas que hacer— y se tomó otra copa, y después otra y otra.

Planificando el momento podía conseguir lo que quisiera, su vida era prácticamente perfecta. Cuando su marido no bebía y podía pensar, estaba muy raro, Juan se quejaba de desatención, de que viajaba mucho y que cuando regresaba nadie lo esperaba con amor. Había muchos aspectos en la educación de sus hijas que estaba en desacuerdo, ¡Detestaba tantas cosas! No, Juan no era feliz. Entonces Tina le servía un "whisky and the rocks" y se lo llenaba tantas veces como fuese preciso hasta que cesaba de decir tonterías y se sometía. Así obraba su madre con su padre, aunque su posición sólo le permitiera hacerlo con vino cosechero.

Mañana haría la transferencia a su hermano. ¡Ay la familia! ¡Ay le savoir faire!

Capítulo 8

Image not found.

CAPÍTULO VIII PILARITA VERSUS NICOLETA

¿Qué ocurría? Hoy no podía domeñar a la señora, tenía los ojos fuera de sus órbitas e inyectados en odio.

—¿No come Pilarita? ¿No le gusta el puré?

—¡No quiero nada de ti!

—¡Pero si a usted le encanta!

Se acercó a ella y la abrazó, le recordó cuando le rogó que no se fuera nunca, que ella le tenía mucho cariño, como a una madre. La señora se desmarañó de sus brazos con una pavorosa ferocidad y la miró fijamente muy consciente del daño que le iba a hacer.

—¡A ti no te ha querido ni tu propia madre!

Con los ojos anegados en lágrimas y sin entender nada, Nicoleta atinó a

decir:

—¡Pilarita, no me diga eso! ¡No me haga daño!

Pero la incontinencia verbal de la señora ya se había desatado, era incontrolable, ¡Qué fácil hacer leña del árbol caído! Pilarita se ensañó con ella y vomitó toda la ira que llevaba dentro sobre su endeble autoestima.

—¡No quiero extranjeruchas en casa! ¡No me mandas porque yo soy más que tú! ¡Tú sólo eres una muerta de hambre!

Nicoleta le agarró los brazos con fuerza y tuvo que contenerse para no darle un bofetón, ese ser no era la señora que ella conocía, era un monstruo, una máquina de apuñalar el alma.

—¡Cómo no calle señora, voy a llamar a la securitate!

—¡Securitate! ¡Qué no sabes ni hablar! Llama a la policía, les diré que me maltratas ¡Te vas a enterar, muerta de hambre, mugrosa!

—¡No comprendo señora, creí que sentía cariño hacia mí!—dijo Nicoleta desatada en un amargo llanto.

—¡Yo no le tengo cariño a nadie, en eso siempre estaré por encima de ti! Si no estuvieras tú, estaría mi hija, ¡Ayer no vino la desgraciada!

Nicoleta, horrorizada con la risa histérica de Pilarita y por tanta frialdad llamó a Blanca, no sabía cómo manejar la situación. Blanca atendió la llamada y se sobrecogió al escuchar la voz entrecortada y quejumbrosa de Nicoleta.

_¡Su madre está desbocada, me está insultando y no atiende a razones, no sé qué hacer…!

Blanca intentó explicarle que estos incidentes eran habituales, sobre todo cuando no conseguía lo que quería, que la estaba mortificando porque ella ayer no pudo ir. A Nicoleta le costaba entenderlo, no poseía la suficiente madurez emocional como para distanciarse y observar el conflicto de forma objetiva. En un solo día había pasado de ser una persona imprescindible en la vida de Pilarita a ser "una extranjerucha de mierda". No podía asimilarlo, necesitaba sus abrazos, sus halagos. En algunos momentos había encontrado en ella el calor maternal del que siempre había carecido ¿¡Por qué ahora la trataba así!? ¿¡Cómo se atrevía a valerse de los secretos que le había confiado para demolerla!? Entendía que estaba enferma, pero cada bomba que lanzaba era más dura que la anterior, se fue empequeñeciendo, afligiendo, hasta sentir que era un ser

despreciable, indigno de cualquier forma de amor.

Gracias al cielo, llegó Blanca, le conmovió la desazón de Nicoleta. Esta vez vino con la escopeta cargada para la batalla psicológica con su madre. Los ataques de Pilarita eran tan afinados que se clavaban en el centro de tus miedos, en el corazón de tus inseguridades y tan consistentes que no cesaban hasta que te abatían por completo. Allí estaba, sentada en el sillón del salón, insinuando una villana y sarcástica sonrisa:

—¡Te dije que te haría venir Blanca!¡ Conmigo no vas a poder!

—¡Conmigo tampoco, madre!

Blanca disimuló sus lágrimas con ira, acercó su rostro al de la señora, invadiendo su espacio vital, hasta que sus ojos estuvieron a escasos centímetros de los suyos.

—¡Escúchame bien mamá, no voy a permitir que me hagas daño y mucho menos a Nicoleta! ¡Mírate! Necesitas que te asistan para vivir, tú eres incapaz, pero si sigues desplegando tu crueldad, te dejaré sola, no voy a temblar.

—¡Soy tu madre, eres mía, me perteneces, si no por mí no estarías aquí!

—Te he devuelto todo ya, el sufrimiento del parto, tus desvelos con mis anginas, ya no te debo nada más ¿Cómo puedes ser tan despiadada para luego rezar el rosario, como si esto no fuera contigo?

—¿Despiadada yo? ¡Eso tú que me tienes con esta extranjerucha! Las madres tienen que estar con sus hijas ¡Para eso las han parido!

—Yo también he parido mamá, y jamás lo he echado en cara, ni atormentaré a mis hijos ¡Ni les obligaré a quererme!¡No puedes obligarme a quererte! Nunca estarás conmigo, no te soporto y probablemente no te lo merezcas. Destruyes todo lo que tocas, clavas las uñas en el cuello y absorbes toda la sangre, toda la energía ¡Eres una vampira psíquica! Te recomiendo que aceptes la situación porque si no, yo no vendré nunca más.

De repente nació una carcajada de la garganta de Pilarita de un estruendo casi diabólico.

—Eres muy floja, Blanca, nunca podrás dejarme, jamás podrás liberarte de mí. Si mi otra hija viviera, no te necesitaría ¡No te necesitaría para nada!

—¡La que no te necesita soy yo, madre! Yo no te necesito ¡Piénsalo antes de atacarme! Respiró profundamente e intentó reconducirla, pensando en la pobre Nicoleta que permanecía en un rincón observando el duelo asustada y temblando como una niña pequeña.

—¡Tómate esto, mami! — le dijo con dulzura Blanca, administrándole un "Trankimazin" de dos miligramos—Te sentirás mejor, por favor, sé buena con Nicoleta, no la ataques o tu Dios te castigará.

—¡Qué sabrás tú de Dios! Si no pisas la iglesia.

—Lo único que se de Dios es que castiga a las personas que desprecian al prójimo ¡Ya te puedes confesar! —Era nombrar a Dios y recapacitaba, no por remordimientos, sino por el puro espanto de un Dios medieval que castigaba a diestro y siniestro.

—¡Me voy a trabajar, duerme mamá! —Y la besó como si ese enfrentamiento jamás hubiera tenido lugar, como si hubieran conectado otra vez el cordón umbilical que un día les unió.

Exhausta por la sangrienta batalla se tomó un té con Nicoleta en la paz de la cocina. Intentó impartirle unas nociones básicas del manejo de la señora, pero Nicoleta estaba ya tocada emocionalmente y no comprendía nada, aunque no podía permitirse el lujo de hundirse, necesitaba el trabajo. Cuando Nicoleta llegó esa noche a casa destrozada psicológicamente se tomó un "Tranxilium" para conciliar pronto el sueño y escapar de la realidad ¡Ansiolíticos otra vez! Le costó dormir pues retumbaba en su mente como un eco las crueles palabras de Pilarita: "A ti no te ha querido ni tu propia madre". Le había dolido más que los golpes de Sergei cuando le partió la boca dejándole para siempre una cicatriz en los labios.

Pilarita sabía cómo y cuándo herirla, ya era un juguete roto en sus manos, por fin quedó dormida en posición fetal abrazada a su almohada: "A ti no te ha querido ni tu propia madre". "A ti no te ha querido ni tu propia madre….."

Capítulo 9

Image not found.

CAPITULO IX SERGEI, LA PESADILLA DE NICOLETA

De nuevo, la silueta de Adrián se recortaba en la puerta de la cocina con su escultural torso, tan desnudo como lo estaban sus pies, vistiendo tan sólo unos vaqueros que insinuaban unas piernas firmes y bien torneadas. Esta vez su expresión era más dulce, y sus ojos buscaban los de su madre.

—¡Buenos días Adrián! ¿Qué haces como un pasmarote en la puerta? Pasa y desayuna, yo ya lo he hecho en la terraza, pero me tomaré un café contigo.

—¿Estás bien Mamela?

—Sí, sólo un día duro ayer con la señora—mientras daba vueltas con la cucharilla al café, con manos temblorosas y la mirada perdida.

—A lo mejor no es un buen momento para decírtelo, pero Sergei ha estado aquí.

En ese mismo instante su mente se nubló y sus temblores aumentaron, hasta derramar todo el líquido por la mesa.

—¡Qué estúpida soy!

—No eres ninguna estúpida, sólo se ha derramado el café— Adrián abrazó a su madre, sabía que lo necesitaba.

Mientras recogía el estropicio, empezó a cavilar con una congoja que apenas le permitía respirar, que "Leviatán" ya sabía dónde vivían, era lo que faltaba ese día. Toda la fortaleza que había construido de un soplo, como una casita de paja, voló ¡Y ahora Sergei! ¿Qué querría ese hombre, aparte de mortificarla? ¿En qué estaría metido ahora? ¿Cómo enfrentarse al mismísimo diablo si se sentía el ser más endeble y vulnerable del mundo? Se atrevió a preguntar, después de diez incómodos minutos en silencio:

—¿Qué te ha dicho tu padre Adri?

—No pienses más mamela, pues lo de siempre, que si trabajabas, que dónde y que tenía que hablar contigo. Le he dicho que no sabía nada, que nos veíamos muy poco y no nos contábamos nuestras cosas ¡No soporto que ese delincuente sea mi padre! ¡Algún día le haré pagar todo el daño que te ha hecho!—Y la abrazó otra vez intentando protegerla de sus miedos, de su fragilidad.

Nicoleta suspiró, se recostó sobre la silla y apurando el café hasta el final comenzó a recordar con la dolorosa melancolía que siempre le invadía.

Con tan sólo dieciséis años la obligaron a casarse con Sergei de veintisiete, tipo duro y espabilado, de origen húngaro. No lo amaba, pero sintió por él una ternura inexplicable, quizás porque tampoco fue un niño querido y la historia que contaba de que su propia madre intentó ahogarlo en la bañera porque su nuevo compañero no quería ataduras, terminó por conquistarla.

No tardó mucho tiempo cuando empezó a maltratarla bajo cualquier excusa, las frustraciones y su alcoholismo lo habían convertido en una alimaña. Ella no decía nada, suponía que eso era lo normal en una pareja y lo escondía, lo justificaba y esperaba a que los moratones desaparecieran para salir a la calle. Pero una mañana intentó pegar brutalmente a su hijo de apenas dos años, y esta vez sí que se encaró con él, se le revolvió como una Hidra. Le asestó la paliza del siglo, partiéndole literalmente la boca y para que no gritara le introdujo el puño hasta rasgarle el paladar y desencajarle la mandíbula. No podía comer, ni hablar, a duras penas atendía a Adrián. Bajó las persianas para ocultar el horror, pero esta vez tardaba en recuperarse. Su padre, preocupado llamó a la puerta, cuando descubrió tamaña crueldad, se le saltaron las lágrimas y con una delicadeza que nadie tuvo jamás con ella, la tomó en brazos y la acomodó en la cama, tapándola como lo hubiera hecho una verdadera madre.

—¡Mi pobre Nicoleta! ¿Qué te han hecho? ¿Qué ha pasado para que te golpeara así? ¿Te has acostado con otro?

Nicoleta sólo podía llorar y negar con la cabeza. Cuando Sergei regresó a casa, como siempre borracho, su padre lo estaba esperando y en esta ocasión la víctima fue él. Sergei sangraba por la nariz como un cochino, la boca la tenía inundada de sangre y los ojos se le estaban empezando a hinchar, como pudo escapó. Sabía que si se quedaba no viviría para contarlo.

—¡Aléjate de mi hija o te mataré, vive Dios que lo haré maldito canalla!

Recordar le hacía daño, pero a veces era inevitable. Pensó que lo más razonable era tener una cita con Sergei fuera de su casa para averiguar lo que quería, pero Adrián se adelantó a decir:

—Te espera a las diez mañana en la cafetería de abajo, no tienes que ir si no quieres. ¿Voy contigo? ¡Para un domingo que puedes descansar! ¡Qué lástima dedicárselo a ese sinvergüenza!

—No, Adri, es mejor que vaya sola, no te preocupes cariño, eres lo único bueno que me ha pasado en la vida—y llorando fue ella quien esta vez le abrazó.

Desde las nueve y media esperaba Sergei en la cafetería, lo avistó desde la terraza con esa pose chulesca que la anulaba por completo.

—¿Cómo nos has encontrado?

—Es fácil, deberías saber que siempre consigo lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres?

—¡Dinero, tontita, dinero! —Nicoleta le explicó que no tenía, que estaba trabajando para pagar una deuda y que tendría que buscar en otra parte.

—De una manera u otra lo conseguiré a través de tí, ¡Para algo me tienes que servir, ya que nunca has servido para nada! ¿O prefieres que te remodele el labio otra vez? —y rio con la prepotencia de quien se sabe poderoso.

Esa noche Nicoleta no pudo pegar ojo, intentó no hacer demasiado ruido para no preocupar a Adrián, sabía que la presencia de Sergei le iba a acarrear problemas, que cuando menos se lo esperara, todo estallaría otra vez.

—¡Canalla, maldito seas! ¡Maldito sea el día que me case contigo! —Logró tranquilizarse pensando que al menos algo bueno había salido de todo esto, Adrián.

Cuando al fin se quedó dormida, a las seis y media de la mañana lo tenía aporreando la puerta de su casa y el pánico se apoderó de ella, menos mal que Adrián ya estaba camino a la fábrica.

—¡Por Dios Sergei vas a despertar a todos los vecinos! —Lo dejó entrar, ya plegada a sus deseos.

—Sergei, te lo suplico, tengo que ir a trabajar, ya te dije que no te podía ayudar.

Sergei le recordó a Nicoleta que ya no vivía su padre para protegerla, y que su hijo no tenía el suficiente empuje para enfrentarse a él, lo había mimado demasiado, y se empeñó en acompañarla al trabajo. Sabía que era inútil resistirse, ya vería como justificaba ante la señora la presencia de Sergei.

—¿Abres con sus llaves? ¡Interesante Nicoleta! ¡Quiero esas llaves!

Nicoleta, ignoró su demanda y lo presentó ante Pilarita como un amigo "manitas" que iba a arreglar la cisterna del WC y de paso aprovecharían para colgar unas cortinas y unos cuadros. Las zalamerías de Sergei,

pronto cautivaron a la señora.

—¡Qué majo este hombre!

—Mi señora voy a comprar un sifón nuevo a la ferretería, dejadme un juego de llaves y así no os molesto.

—No Sergei, ya te abriré

—¿Cómo qué no? —gritó la señora imponiendo su autoridad— ¡Pobre chico, déjale las llaves! ¡Aquí mando yo!

Sergei, cautivador, le atizó un beso en la mejilla mientras se hacía con las llaves. En la ferretería compró un sifón para la cisterna, unos clavos para los cuadros, unos rieles de cortinas y ¿Quién sabe?

Capítulo 10

Image not found.

CAPÍTULO X COPAS, BLANCA Y MARINA

La tenue luz led azulada de aquel pub y el cristal de la barra del bar, componían un ambiente relajante y acogedor. Blanca hubiera preferido una cafetería tranquila donde poder charlar más serenamente, pero Marina después de cenar se empecinó en ir allí, había elegido vivir y le faltaban horas en el día para disfrutar. Al menos parecía que el local era apropiado para su edad, últimamente se encontraba fuera de sitio, cuando salía por la noche. Se sentaron en un rincón discreto que quedó libre, un

foco concentraba la luz sobre la mesa redonda para dos, creando una atmósfera íntima y recogida que les encandiló. No tardó en sonar la música ochentera acorde con los clientes que por momentos iban llenando el local.

Comenzaron a sonar "Los hombres G": "Sufre, mamón, devuélveme a mi chica…o te revolcarás entre polvos pica pica…"

—¡Ja! Eso me gustaría a mí, que sufriera el mamón de mi marido ¡Cómo he sufrido yo!

—¡Qué se te va el oremus y sólo llevas dos cañas!

Se desternillaban de risa, hacía mucho tiempo que no se reían tanto juntas, saborearon cada momento con la ilusión de unas adolescentes, las dos necesitaban evadirse de una realidad que no las había tratado con demasiada delicadeza.

—Pues yo tengo que hacer algo, darle un vuelco a mi vida —dijo Marina—retirar lo que me hace daño para poder seguir adelante, al menos es lo que dice mi terapeuta. Sólo tengo que encontrar el "cómo"

Visiblemente achispada por el alcohol, no cesaba de parlotear y soñar

—No sé, me gustaría encontrar a alguien que me coja de la mano, que quiera viajar, que le disfrute probando cosas nuevas y que se quede a mi lado.

—Marina, la eterna romántica ¿¡Y por qué tienes que encontrar a alguien!? Es como darle la responsabilidad de tu vida y tu felicidad a otra persona ¡Qué pereza!—y dicho esto apuró la copa de un solo trago.

Comenzaron los primeros acordes de "Tu frialdad de Triana": "..Porque a mí me atormenta en el alma..tu frialdad" y Blanca se entregó al tarareo melancólico ya dispuesta de principio a fin a una noche de huida ¿Hacia delante o hacia atrás? ¡Qué más daba! sólo sabía que tenía que romper las cancelas de sus miedos y de su alma.

El barman, de un salto se alzó sobre el mostrador y requirió el interés de todo el personal:

—¡Atención todos, concurso de karaoooookeeeeeeeee!

La clientela comenzó enardecida a aplaudir, a gritar, a pedir gin-tonics y caipiriñas, la noche prometía. Marina se levantó como un muelle despendolada dispuesta a apuntarse, contagiada por el ambiente

entusiasta que le rodeaba.

—¡No tenemos veinte años, Marina! —y le quitó la copa para que no bebiera más, intentando desalentarla.

—¡Estamos vivas Blanchi, vamos a sentirnos vivas!¡Atrévete!

Blanca sonrió, convencida por la radiante energía de Marina, eligieron de forma irremediable una canción de Alaska, de cuando aún cantaba en Dinarama:

Tomaron los micrófonos con más soltura de la que creían poseer e inaguraron el concurso:

"Cómo pudiste hacerme eso a mí…

Yo que te hubiera querido hasta el fin..

Sé que te arrepentirás…"

Se ofrecieron tanto, se removieron tantos recuerdos que cuando se dieron cuenta estaban las dos en la pista de baile de lo más animadas, bailando como locas todo el repertorio de" Manolo, del último de la fila". Esta vez con una caipiriña cada una en la mano, la noche era de ellas, sólo de ellas. Marina, más avispada, se percató enseguida que dos hombres las estaban observando divertidos y contagiados por su entusiasmo, de pasarlo simplemente bien.

—No mires atrás Blanchi, ¡Pero ese tío no te quita ojo! !Viene hacia nosotras!

—¡No digas chorradas, bastante tengo yo con éste, ya veremos cómo acabamos!

Alguien le tocó el hombro y Blanca se giró preparada para lo peor, no iba a aguantar a ningún baboso, esa noche era sólo para ellas.

—¿Nos conocemos, no?

—¡Gabriel, ¡Eres Gabi de la facultad!

_¡Si!, me habías parecido tú, cuando has salido a cantar, ahora veo que no estaba equivocado ¡Vaya sorpresa!

Se pusieron al día de sus vidas, intercambiaron fotos de sus hijos, dos Blanca, chico y chica, ya muy mayores. Gabriel uno de catorce años, hacía

dos años que se había divorciado.

—¿Te casaste al final con Sara? ¡Qué guapa era!

—Si, y me la pegó bien pegada, no supe elegir bien.

—Bueno, Sara era muy singular, pero estas cosas pasan, la vida está constantemente dando vueltas. En ocasiones acertamos con nuestras decisiones, otras no.

—Ja,ja ja,¡ Mi querida amiga Blanchi, la gran filósofa, te echaba de menos!

Rieron a carcajadas, parecía que los años no habían pasado, le presentó a Marina que les miraba ojiplática, mientras con gesto cómico apuraba su copa.

—Si…nos conocemos, tú trabajas en la panadería debajo de mi casa. Yo soy el de "una barra gallega por favor", en cuanto se abre la persiana, allí estoy yo ¡Si llevara chándal me conocerías! Gabriel se percató que Juan estaba aburrido y descolgado al final de la barra. Le hizo una seña estirando el brazo para que se acercara

—¡Os presento a Juan, un buen amigo, y mejor cirujano!

Juan enrojeció, pero no le desagradó del todo la presentación. Su puntazo narcisista suplía su complejo de bajito. Gabriel lo había sacado casi a la fuerza, estaba un poco oxidado danzando entre familia y trabajo en un binomio cerrado. Se había dado al alcohol para soportar su tediosa vida, y en la última operación las manos le temblaban, se asustó mucho.

—¡Eres Juan! —Espetaron las dos al unísono— ¡El marido de Tina!

—¡No me lo puedo creer! ¿Esta noche va de encuentros?

—Vosotras sois….

—Blanca y Marina, trabajamos hace tiempo con tu mujer, de vez en cuando comemos las tres juntas.

—¡Ah sí, qué pequeño es el mundo!

En menos de cinco minutos, con un cubata en las manos, estaban los cuatro tarareando canciones de "Gabinete Caligari":

"La culpa fue del cha cha cha, que tú me enseñaste a bailar.."

Embistiendo a mi capote

Yo me asomaba

Al balcón de tu escote…”

—¡Tomad chicas, otra caipiriña!

Gabriel propuso, seguir la diversión por el Tubo, como cuando eran jóvenes

—¡Anda que no ha llovido! ¡Y sobre todo “tronao”!

—¡Venga, Blanchi…..por favor…..por favor…di que sí.

Y entonces puso esa cara de angelito a la que le era imposible negar nada, achinando sus ojos y abriendo más su sonrisa, como cuando le pedía los apuntes en la Universidad.

—¡Juan, tu vete ya que Tina se te va a comer! Ja jaja

—¡Cincuentañeros al poder! —espetó Marina que no bebía nunca y ya iba una chispa beoda.

Quemaron literalmente la ciudad, siguiendo un recorrido sentimental preciso y bien organizado, despertando recuerdos que estaban asombrosamente dormidos, hasta que sus pasos les llevaron al Juan Sebastián Bar ¡Cuántas horas habían pasado en ese lugar cuando eran estudiantes! Las paredes seguían estando decoradas con instrumentos musicales y grabados de partituras amarillentas de músicos célebres. Las mesas eran pequeñas, sólo para dos o tres personas, excepto dos bancadas al fondo para grupos donde tantas veces celebraron los cumpleaños o el final de curso. Se sentaron en cuatro taburetes en la barra, Blanca no pudo evitar otear de forma panorámica todo el bar y recordó lo feliz que había sido en él, los sueños que había compartido, tuvo la sensación de que aún permanecían latentes junto a las lámparas de araña del techo esperando que alguien los liberase. Recordó los besos y los abrazos atrapados eternamente en cada uno de los espejos. ¡Qué hermoso el mundo cuando se tiene toda una vida por delante!

Marina no se encontraba del todo bien y Juan se ofreció a acompañarla galantemente a su casa, antes de retirarse a la suya, no quería ni pensar en la resaca del día siguiente.

—¡Bueno Blanchi, la última tú y yo!

—Yo ya voy pedo, ¡Pídeme un café! ¡Ya no cabe más alcohol en mis

venas!

El camarero ya había limpiado la cafetera, era muy tarde y sólo servían copas.

—¡Pues dos caipiriñas por favor, una más no la notaremos! ¿Te acuerdas? Aquí mismo te di un beso.

—¿Qué dices "chalao"? ¡Nosotros no hemos pasado de darnos la mano!

Y tomándole las manos, la besó dulce, ofreciéndole toda la ternura que ella le despertaba

—¡Bueno, pues debería haberlo hecho!

—¡Vaya! —dijo Blanca mostrando su incomodidad— creo que hemos bebido demasiado, me voy a casa. Antes a ver si puedo tomarme un café, no puedo aparecer así.

Gabriel intentó convencerla de la conveniencia de que fueran a su piso, le prepararía uno bien cargado y después la acompañaría a casa.

—¿A tu casa? ¡Tú flipas! ¡Sigues siendo el mismo ligón embaucador de siempre!¡Pero me caes bien!¡ Y besas bien!

Cuando el alcohol dejó de obnubilar su mente, y ya no le impedía pensar, se vio sentada en la cocina simple, blanca y minimalista de Gabriel, con una humeante taza de café en sus manos, embutida en un albornoz de rizo azul celeste. ¡Había hasta aceptado la ducha que le ofreció Gabi! —¡Qué débil soy, he bebido demasiado! ¡Esto no está bien! —Pero hacía mucho tiempo que no se sentía tan viva, en realidad nada irremediable había pasado, y había dejado de sentirse incómoda.

Sin saber cómo, se encontraron uno frente al otro a los pies de su cama. Entendían que lo siguiente era desnudarse como habían desnudado su alma esa noche, y simplemente se dejaron llevar como las olas con el mar.

Por primera vez no se avergonzó de su cuerpo, era el que tenía y no sintió ningún pudor en mostrar sus pechos caídos, sus abultados muslos, a contraluz eran realmente bellos. Su cuerpo era un cuerpo hecho, vivido, curado pero aún vivo.

Gabi la miró con infinita ternura, no había para él nada más hermoso que una mujer siendo insolentemente ella misma, cómoda en su esplendorosa imperfección.

Besó su abdomen turgente, sus pechos, y tuvo especial delicadeza con sus cicatrices y sus estrías. Besó con suavidad sus michelines como ondas prolongadas de su curvilíneo cuerpo.

Sin pensarlo, sin buscar conscientemente el momento sus cuerpos se abrazaron hasta el éxtasis, entrelazando sus sexos en una fusión legítima y natural ¿No había amor? ¿O sí? Nunca se habían querido tanto, cada uno a sí mismo, para poder amar al otro, se miraron aún entrelazados y sonrieron ¿Qué es el amor más que soledades compartidas?

¿Es posible disfrutar de un cuerpo que nunca creíste merecedor de amor? ¿Es posible sanar, recuperarse? Por primera vez estaba física y emocionalmente conectada y todas las piezas del puzle de su vida encajaban sin forzar. Blanca se vistió sin prisa, abrazó a Gabi durante minutos para despedirse, le costó desprenderse del olor de su piel y cerró la puerta tras arrojarle un beso al aire.

Sentada en el banco de un parque cercano a su casa, buscó su libreta de reflexiones, y empezó emocionada a anotar todo lo que sus sensaciones le dictaban. Su mano no podía dejar de escribir, las hojas iban pasando una tras otra y la tinta del bolígrafo anegaba el papel como un río que se desborda. Así se sentía ella, Blanchi había escapado al fin de su prisión, y todo lo que habitaba dentro de su ser estaba empezando a derramarse.

Capítulo 11

Image not found.

CAPITULO XI LOS NEGOCIOS DE TINA CAPONE

—¡No ha venido a dormir! ¿ma cos'è questo?

Bramaba y se descomponía interiormente. Hoy era la comida con el director del "Hospital Nuestra Señora de los Angeles". Firmarían el acuerdo, el sueldo era desorbitante, y las condiciones inmejorables ¿Pero..dónde estará? ¡è un Coglione e un irresponsabile! En ese momento oyó el sonido de la llave en la cerradura y respiró aliviada.

—¡Juan, por fin! ¡venga una ducha rápida y vístete que en dos horas ya están aquí!.

Los camareros listos con sus pajaritas y su mandil negro, y todo dispuesto en la cocina, las niñas impecablemente vestidas y peinadas. Su casa estaba invadida, parecía un plató de televisión donde se iba a filmar "La mansión de los Arnau-Oliveras", en la cual todo era intachable, ideal, super rosa y por supuesto mega feliz.

—¿Es que ni siquiera me vas a preguntar dónde he estado?

¡Ahora no, Juan! Tengo que ultimar muchas cosas, seguro que tienes una buena excusa ¡No estoy para tus tonterías!

A decir verdad, no le importaba demasiado, sólo anhelaba que todo saliera bien según lo previsto, odiaba la espontaneidad y la improvisación y que Juan firmara el contrato. Eso le inyectaría una buena dosis de prestigio social, además las niñas iban a estudiar el próximo curso en EEUU, necesitaban más dinero, con el de ahora como investigador no daba para muchos dispendios.

—Menos mal que yo me encargo de todo ¡Este hombre es una calamidad, se pierde en necedades!

En la soledad de la ducha empezó a reflexionar si realmente quería esa vida. Estar con alguien que siempre controlara sus pasos, su dinero, sus amistades, hasta el latido de su corazón, que no le escuchaba, ni abrazaba, ni le esperaba despierta.

¡Suspiró! Estaba atrapado, tenía dos hijas que cada vez se alejaban más de él, un trabajo importante, un buen nombre ¿Qué podía hacer? ¿Cortar con todo? ¿Cómo? Odiaba las fiestas, las comidas de pose, el fingir que era una persona que no era, ni quería ser, pero no podía escapar.

Sonrió al recordar la paz que desprendía Marina, era un ser entrañable, conversaron toda la noche en su casa. No sucedió nada especial, ninguno de los dos lo quiso. Por primera vez en años se sintió guarecido, comprendido. Percibió tanto cariño, que no podía dejar de pensar que

había otra forma de vivir.

Por fin llegaron los invitados, la flor y nata de la aristocracia médica, fueron recepcionados histriónicamente por Tina. Las niñas estaban muy aleccionadas sobre lo que podían decir y no, nada podía fallar ¡Una familia perfecta! Esa era la imagen que debían dar, una pareja bien avenida, con hijas encantadoras, vidas ordenadas y suculenta comida.

Tina, como anfitriona, elevó la copa para hacer un brindis:

—¡Por las familias cristianas, semilla de la sociedad! —Sin duda que leyó esa frase en una hoja parroquial—Los comensales la jalearon y brindaron con ella.

Dio gracias al Señor por haberla conseguido, propinando un teatral beso a su marido. No le había rozado hacía meses, le retiraba los abrazos y cualquier muestra de afecto, pero eso se quedaba entre ellos ¡La biancheria sporca viene sempre lavata a casa!

Las niñas divinamente instruidas besaron también a su padre. No recordaba el último beso espontáneo que le dieron sus hijas, a no ser a cambio de algo. A veces no le saludaban ni por el pasillo. Se había convertido en un extraño para ellas.

—Bueno Juan, tiene usted una familia estupenda, aquí está el contrato, firme— Y la mesa empezó a aplaudir como si el hombre hubiera llegado otra vez a la luna . "Diez, nueve, ocho, siete……."

—Gracias, lo leeré detenidamente, y mañana se lo llevaré al hospital.

Tina encendida y disimulando su frustración dijo: —¿Qué tienes que leer? Fírmalo ya. —"¡Houston, Houston, tenemos un problema!"—

Por fin, la película terminó y mientras el servicio acababa de recoger todo, Tina, disgustada se retiró a su habitación a descansar sin disimular su enojo. Juan fue tras ella intentando apaciguarla.

—Tina…

—No me hables ¿A qué ha venido eso de no firmar?

—¡Sólo he dicho que primero lo iba a leer! ¿Y a qué ha venido lo del beso? ¿Lo de parecer una familia perfecta? Hablemos, construyámosla de verdad ¡No puedo más, Tina! — E intentó besarla, buscando su cobijo y su abrazo.

—¡Déjame! ¡Ya somos muy mayores para esas tonterías! ¡Vete y cierra la

puerta, que sería de tí sin mí! “¡Dannatamente stupido!”

Juan se refugió en su despacho y estalló en llanto como cuando era niño, pero ahora no estaban los brazos de su madre para consolarlo. Se sirvió un whisky tras otro para olvidar lo desgraciado que era. Enterró su cabeza en sus brazos y gritó sordamente ¿¡Cómo!? ¿¡Cómo puñetas puedo salir de esta mierda !? — el whisky se había convertido en su único compañero, sólo lo escuchaba su imagen reflejada en el cristal de su copa.

Tina sabía que Juan no era feliz ¿Quién lo era?, No le preocupaba demasiado mientras hiciera lo que tenía que hacer. Sabía que de vez en cuando se acostaba con otras mujeres ¿Y qué? Podía visitar todas las iglesias que quisiera, mientras ella siguiera siendo la catedral.

Capítulo 12

Image not found.

CAPITULO XII SERGEI EL CRIMINAL

Hoy, le había costado un mundo tranquilizar a la señora, estaba más inquieta de lo habitual. Así que aguardó a que conciliara el sueño, quería asegurarse. La besó en la frente con ternura. Así, adormecida, en la paz de su quietud le perdonaba todo, era como una niña mimada. Cogió el bolso y cerró la puerta muy despacio.

No había pasado ni un cuarto de hora, cuando la puerta de la casa volvió a abrirse. La señora estaba absolutamente “grogui”, aparentemente ni un terremoto hubiera podido despertarla, ni la sombra de casi dos metros que apareció en la puerta de su habitación, una silueta de un cuerpo atlético, de espaldas anchas y poderosas. Por un momento se perfiló un rostro oscuro y agitanado de pelo frondoso, tupido, enmarcando unos ojos profundos, y depredadores como los de una alimaña herida y unos labios inexpresivos de líneas tortuosas que dejaban sin respiración.

Entró en la alcoba con una pequeña linterna que pintaba los espacios de un agradable tenebrismo, mostraba en su brazo un tatuaje tribal a modo

de brazalete, camiseta blanca, chándal de táctel negro, por supuesto guantes. Se atrevió a husmear en los cajones de la cómoda pero no halló más que ropa interior, unas medallas al mérito militar y ¿Una pistola? Con toda probabilidad era de su marido, de la "securitate" española.

Los ronquidos de Pilarita le animaron a rebuscar en los cajones de la mesilla. Allí estaban, todas sus joyas: Un collar de perlas de doble vuelta, una medalla de oro blanco de la Virgen del Pilar con su cadena. Un enorme broche de oro con una perla en el centro, varias sortijas de oro y una cajita de madera oscura, la abrió: Un deslumbrante brazalete labrado en oro y perlas brilló en la penumbra, parecía tener gran valor. Al lado un monedero lleno de billetes, calculó que habría entre mil y mil trescientos euros, lo contaría después.

¡Joer con la vieja!

Recogió todo en una mochila y entró en la cocina ¡Este había sido el golpe más fácil de su vida! Guipó en la encimera una pequeña cazuela con "Tocanita di vita si cartofi" y dos "Sarmale", arrasó con todo. "A pesar de ser una inútil ¡Qué bien cocina esta Nicoleta!" —pensó.

Inspeccionó la casa, pero no encontró nada de valor a no ser una placa de plata y un jarrón de porcelana que ¡zas! cayó al suelo! Ya se disponía a salir cuando oyó:

—¡Nicoleta, Nicoleta! ¿Te has olvidado algo?

Aguardó un poco más detrás de la puerta del salón con la esperanza de que la señora volviera a la cama. Cómo un espectro apareció Pilarita que encendió la luz, mostrando un camisón impolutamente blanco y entornó la puerta para descubrirlo.

—¡Ay Sergei, que predecible eres! !Te estaba esperando!

Mientras le apuntaba con un arma de nueve milímetros corta, de las que usaban los militares en la guerra civil, cargada con una bala en la recámara y el cargador lleno. Su marido, en vida, dormía con ella debajo de la almohada, enseñó a usarla a Pilarita, sólo había que quitar el seguro y si un ladrón los atacaba hubiera dado buena cuenta.

—He venido a recoger a Nicoleta, ¡Baje ese arma, señora!

—Por favor, no me subestimes ¿En serio creías que me había tragado el cuento de que eres un fontanero? ¿De que sólo querías la llave para no molestar? Deja la copia de mis llaves en el suelo ¡Obedece ya, sinvergüenza! Sólo he visto una vez a tu hijo Adrián, suficiente para confirmar sin género de dudas que tú eres el padre. Sabía que vendrías, que intentarías sacar lo que fuese a través de Nicoleta, es demasiado

débil, pero yo no lo soy. Sé quien eres, el daño que le has hecho ¿Qué fácil es pegar verdad? ¿Disfrutas? ¿Te sientes poderoso? ¡Creo que te mataré, siempre he querido utilizar esta pistola! Nicoleta se librará de ti, en el fondo la aprecio. Yo no soy más que una vieja loca, y tú has allanado mi casa ¿Crees que no puedo hacerlo? ¡Tu vida es gratis, no vale nada!

De repente la señora creyó escuchar a su hija en el dormitorio.

—¡Ahora voy hija!

—¡ Su hija no está vieja chocha, no vive contigo! ¡Deme el arma!

—¡Blanca no, la otra! ¿Quién crees que me ha dicho que estabas aquí, que ibas a venir? Ella siempre está conmigo, lo ve todo, me protege y me quiere, quizás sea ella quien te mate.

—¡Estás loca, completamente loca!

—Lo sé, es lo bueno de estar loca, por eso te voy a matar y porque mi brazalete de oro no lo toca nadie—espetó ya quitando el seguro.

Aprovechó un despiste, y tomó su brazo sujetándole la muñeca, volteando el arma para alejarla de él. Empleó los músculos de su cadera y su cuerpo para derribarla. La pistola cayó al suelo y Sergei le dio una patada arrastrándola hasta el pasillo. Le pateó la cabeza, Pilarita gritaba, la cara de Sergei se desencajó y sus ojos se inyectaron en sangre.

—¡No grites “curva batrana”! ¡Puta vieja! —mientras le empotraba el puño en la boca hasta desencajarle la mandíbula, su especialidad, y le introducía una servilleta en la boca. Siguió golpeándola hasta que la señora perdió el conocimiento, sólo la sangre que brotaba del oído izquierdo de la señora le detuvo.

_¡Curva batrana, Curva batrana! —gritó consciente de la gravedad de lo que había sucedido. Recogió la mochila, la copia de las llaves, y la pistola del pasillo y marchó apresuradamente, cerrando la puerta tras de sí.

Capítulo 13

CALLE
TINTORERROS
DO
Cruz Roja

CAPITULO XIII AMBULANCIA Y HOSPITAL

Nicoleta llegó pronto, entró en la habitación y corrió como siempre las cortinas, la luz de la mañana dibujo el contorno de su cama vacía, la señora no estaba. Tenía un mal pálpito y empezó a preocuparse de verdad.

—¿Señoraaaaa? ¡Señora!

No se hallaba en el baño, en la cocina sólo había un plato vacío y una cazuela rebañada en el fregadero. Entró en el salón y se le paró el pulso cuando vio a Pilarita inconsciente tumbada en el suelo sobre un pequeño charco de sangre.

—¡Pilarita! ¡Dios mio! ¡Despierte señora! — pero por más que le sacudía la cara, no reaccionaba.

Salió como un resorte a pedir ayuda a los vecinos aporreando las puertas del rellano, mientras gritaba conmocionada:

—¡La señoraaaa, la señoraaa!

La vecina del séptimo A era enfermera, comprobó que Pilarita aún seguía con vida, pero le inquietó el derrame del oído y llamó con su propio móvil a una ambulancia.

Nicoleta se desplomó en el sofá después de tomarse dos ansiolíticos y una taza de tila bien cargada que alguien le ofreció ¿¡Dios mío que le había pasado a la señora!? Las manos le temblaban y se estaba mareando. Los servicios sanitarios no tardaron en llegar.

—Yo les acompaño

—¿Es usted familiar?

—¡Como si lo fuera, soy su cuidadora!

A Nicoleta se le hizo eterno el recorrido hasta el hospital, a pesar que la ambulancia se saltó todos los semáforos. Los camilleros entraron con diligencia por la puerta de urgencias, conscientes de la gravedad de la paciente, Pilarita parecía no respirar, se temían lo peor.

—¿Su nombre?

—Yo soy Nicoleta Albu Popescu, la señora Maria Pilar Garcés, esta es su tarjeta sanitaria—acertó a contestar tiritando de miedo.

—Muy bien, permanezca en la sala de espera, la llamaremos.

Aun temblando y con la sangre helada atinó a llamar a Blanca, pero no podía articular palabra, sólo lloraba y emitía unos ininteligibles gemidos que desconcertaban aún más.

—¿ Nicoleta, respira, tómate tu tiempo, dime, que ha pasado?

—La señora….Hospital Royo villanova…—y ya no pudo emitir ningún sonido más.

Dos enormes policías de aspecto rudo entraron a la sala de espera y en un tono agradable preguntaron por Nicoleta Albu.

—¡Soy yo! ¿Qué tal la señora? ¿Vive?— Pregunto con voz trémula.

—Los médicos la están valorando. Por favor acompáñenos al domicilio de Pilar Garcés donde han ocurrido los hechos.

Cuando llegaron a casa de la señora en el coche de policía, aparcaron en la misma avenida, invadiendo la acera, con los intermitentes puestos, Nicoleta les abrió la puerta. Con estudiada amabilidad la invitaron a tomar asiento y contestar a unas preguntas. Nicoleta se sentó asustada en el sofá azul del salón y se sintió pequeña, muy pequeña.

—¿Qué relación tenía usted con la víctima?

—Soy su cuidadora

—La puerta no está forzada. ¿Quién tiene llaves del domicilio aparte de la señora?

—Pues….su hija Blanca y yo.

—¿Está segura que nadie más? ¡Piénselo bien!

Nicoleta se asustó un poco y les explicó lo reacia que era a dejar las llaves a nadie, y lo que le costó que la señora le proporcionara unas. También expuso, que en su opinión era imposible que la señora a esas horas tan intempestivas hubiera abierto la puerta ella misma, primero porque era muy desconfiada y segundo porque después de tomar su medicación entraba en un sueño tan profundo que nada ni nadie podía despertarla.

El policía entonces, comenzó a especular con la posibilidad de que alguien de su entorno se hubiera hecho con una copia de las llaves.

—¿Su hijo?

—¡Por supuesto que no! —y en ese punto comenzó a enfurecerse, y se armó de coraje, era por encima de todo, una madre.

Le recordaron que Adrián, tenía antecedentes por robo con violencia por un tirón que dio a una viejecita para arrebatarle el bolso.

—Tenía catorce años, iba con muy malas compañías ¡Fue una chiquillada! Ahora tiene trabajo ¡jamás haría algo así!

—¿Se le ocurre alguien más Nicoleta?

Nicoleta se quedó por un momento pensativa, estuvo a punto de decir el nombre de Sergei, pero le paralizó el miedo y cayó, negando con la cabeza, al mismo tiempo que la bajaba.

La policía científica inspeccionó la casa pero sólo encontraron huellas de Pilarita, Blanca y Nicoleta. Comprobaron que el cajón donde guardaba las joyas, según les había indicado Nicoleta, estaba vacío y toda la casa revuelta. Aparentemente el móvil era el robo. Pero ¿Por qué ese ensañamiento?

—¿A qué hora se fue de aquí Nicoleta?

—A las nueve y media.

—¿Y siempre deja la cocina sin recoger y con restos de comida? ¿No recoge todo antes de irse?

—Ayer se me olvidó —dijo tragando saliva, disimulando como pudo su desasosiego.

Está bien, Nicoleta váyase a casa pero por favor, esté localizada por si la necesitamos.

Capítulo 14

Image not found.

CAPITULO XIV BLANCA Y EL ADIÓS

Blanca llegó al hospital sin resuello, le latía el corazón a doble velocidad de lo habitual, con esa inquietud del que no sabe qué se va a encontrar. Preguntó por su madre en la recepción.

La invitaron a esperar en una sala contigua a la UCI rogándole que aguardara un tiempo allí, hasta que los especialistas valoraran el alcance de las lesiones de Pilarita y tomaran alguna decisión médica, por supuesto de carácter urgente. Se le hizo eterno, contó el número de baldosas de las paredes, las del suelo, se leyó todos los carteles informativos que había colgados en el tablón….Después de media hora que se le hizo interminable apareció un doctor de mediana edad con el pelo completamente blanco y un rictus inexpresivo en su boca.

—¡Buenos días! ¿Blanca?

—Si, soy hija de Pilar Garcés ¿Cómo está? ¿Qué ha pasado?

Después de tranquilizarla con una sonrisa y un amigable estrechamiento de mano, le explicó que su madre había sido brutalmente agredida en su propia casa. Alguien había entrado probablemente a robar y le adelantó

que la policía hablaría con ella y le daría más detalles.

—No le voy a engañar, el pronóstico es reservado. Tiene una conmoción craneal que le ha provocado un derrame y aún desconocemos el alcance. Tres costillas rotas, probablemente tenga perforado en consecuencia el pulmón derecho, la muñeca rota, eso me preocupa menos. Las pruebas revelarán si hay alguna hemorragia interna, cosa bastante probable a juzgar por las contusiones que muestra por todo el cuerpo. Ahora le hemos inducido un coma, no podemos hacer otra cosa si no esperar.

Blanca, horrorizada, con el mismo gesto en su boca que cuando contemplaba una película de Tarantino, no podía creer lo que estaba oyendo. Ahora no era una ficción, era real y ¡No entendía nada!

—Pero…si mi madre apenas posee nada! ¿Quien….? ¿ vivirá…? ¿Hay esperanzas?

El médico reiteró que desconocía los términos del asalto y que en este momento la policía científica estaba en el domicilio de su madre, ellos le explicarían todo.

—Lo único que puedo decirle que aunque la situación es delicada debido a la gravedad de las lesiones y a la avanzada edad de su madre, está respondiendo bien, tiene una naturaleza muy fuerte, ¡Todo puede suceder!

—¿Puedo verla?

—Sí, pero a través del cristal, debo advertirle que le va a impresionar.

—Bueno, yo me despido, la enfermera la acompañará, la llamaremos si se produce un cambio importante, y le ofreció la mano para estrechársela.

Cuando Blanca la vio tuvo que controlarse para no gritar. Pilarita estaba completamente deformada, los ojos y la cara hinchados, su cuerpo era un solo moratón, salían tubos por todos los lados y respiraba artificialmente conectada a una gran máquina monotorizada, donde se encendían y apagaban pequeñas luces emitiendo irritantes pitidos.

Sabía que entre su madre y ella les separaba un enorme cristal, pero por un momento creyó percibir su olor, un olor mamífero que todo cachorro reconoce de por vida y aunque el rencor parecía haber destrozado todo el amor que le tenía, ese olor volvía a situarla de nuevo en la casilla de entrada.

—Dime algo, mamá, insúltame si quieres, pero háblame…

Cuando salió del hospital, creía levitar como en un sueño. Si se apresuraba, quizás llegaría a tiempo a casa de su madre, tenía que hablar con la policía, con Nicoleta “¡Por Dios, que alguien me explique esto!”

Capítulo 15

Image not found.

CAPÍTULO XV CATARSIS DE BLANCHI

Ni la policía ni Nicoleta pudieron darle una explicación lógica que pudiera asimilar. Únicamente había que esperar, decía todo el mundo,quizás Pilarita podría contarlo cuando sanara si es que lo hacía alguna vez.

No creyó conveniente anular la cita con la terapeuta, al fin y al cabo no la dejaban permanecer junto a su madre, y su crisis matrimonial era un frente gigantesco que le estaba oprimiendo el alma y tenía que solucionar, aunque lo hubiera eclipsado el incidente de su madre.

Cuando al día siguiente Tony y Blanca llegaron a la consulta de Sofía, lo hicieron en silencio, sin atreverse a mirarse siquiera a los ojos. Ignoraban que tipo de monstruos iban a despertar y si sería productivo hacerlo. Pero

Blanca necesitaba comprender que estaba pasando, y decidir de una vez por todas que camino tomar.

Sofía requirió a Blanca primero.

—Tony, espere en la salita

—Hable Blanca, la escucho

—¿Qué digo?

—Lo que se le ocurra

—No entiendo nada de lo que ha pasado. Éramos una pareja encantadora, todo lo hacíamos juntos. Los mejores amigos, los mejores amantes. Pero un buen día empezaron a aparecer "princesitas" por todos los lados, a las que Tony necesitaba rescatar. ¿"Síndrome del héroe" se llama en psicología no?

— ¡Veo que está familiarizada con el argot de la psicología! Quizás necesitaba sentirse importante, usted se lo daba todo hecho, sin límites, hasta olvidarse de sí misma.

—Bueno, ¿No es lo que hay que hacer cuando se ama de verdad?

—Probablemente su relación comenzó con amor pero luego derivó en una "coodependencia tóxica" en la que usted lo anulaba.

¿coodependencia?

—Sí, su marido pasó de los brazos protectores de su madre a los suyos. Tanto su madre como usted generaron la necesidad de su propia presencia para sentirse requeridas. Las relaciones de apego extremo como era la suya pueden volverse asfixiantes, cargadas de manipulaciones afectivas.

Usted ha hecho los conflictos de Tony suyos y no lo ha permitido madurar. Probablemente tenga que ver con que es una gran cuidadora, su marido me contó la carga que ha supuesto para usted su madre desde que usted era niña.

—¿Cree, Sofía que llevar el peso de su vida ha sido fácil para mí?

— ¡Claro que no! Usted no debe soportar ese peso, también tiene que sanar y liberarse.

—Toda mi vida es una tremenda mentira !Estoy tan cansada!...y ahora mi

madre en el Hospital!

—Lo sé, me lo contó su marido. Si me permite también tiene que sanar esa relación y liberarse. Tiene que aligerar carga, Blanca, tómeselo en serio o enfermará.

Sofía solicitó la presencia de Tony que tomó asiento al lado de Blanca.

—Sé que te he defraudado, pero somos uno, ¡Siempre seremos uno!

—No, somos dos, siempre debimos ser dos, ya no necesito ni quiero que dependas de mí, tienes que empezar a caminar solo.

Llegó a pensar que más allá de él se acababa el mundo, pero al fin se había liberado de esa lápida, nada ni nadie es imprescindible ni para siempre.

—¿Qué es lo que ha pasado para que usted haya podido liberarse, Blanca? Preguntó la terapeuta.

—No soporto la deslealtad, ese es mi límite. Todas las cadenas se han roto.

Rumió que quizás el encuentro con Gabriel había sido poco noble pero no, no lo sentía así, los grilletes estaban rotos. Fue puro, no pudo encontrar pecado en ello.

—Creía en tí ciegamente Tony, podía perdonarte todo, tapaba, justificaba e incluso me echaba la culpa ¡Pero ya estoy liberada!

—Bueno esto va a ser más fácil de lo que yo creía. No olviden que son dos, a partir de aquí pueden construir otro tipo de relación, la que ustedes quieran. Creo que en su caso es posible.

—No sé si quiero ni si puedo, ¡Estoy tan cansada!

— ¡Yo también estoy cansado!

Pero sus manos se entrelazaron sin pensarlo, había un extraño vínculo que les seguía uniendo a pesar que Blanca necesitaba sanar y estar un tiempo sola. Salieron de la consulta con una esperanzadora sensación, y pudieron mirarse a los ojos otra vez.

Blanca no dejaba de pensar en su madre. Verla así tan vulnerable, le despertaba una ternura que ya no recordaba.

¡Qué extrañas relaciones las suyas! Su madre y su marido eran como sus hijos ¿Pero quien tenía la culpa? ¿Ella? Los dos la requerían

continuamente y la amarraban.

Capítulo 16

Image not found.

CAPITULO XVI TANTO MONTA, MARINA Y JUAN

Marina pasó todo en día pensando en Juan. Hacía mucho tiempo que no había estado tan a gusto con alguien. Se llevó las manos a la cabeza y se dijo a sí misma: “Es el marido de Tina, no lo olvides Marina, fin” Qué caprichoso es el destino, para alguien con el que congenio y está casado.

No parecía que fuera muy feliz, pero seguro que era un simple enfado.

Ya había soportado demasiadas experiencias con hombres casados que eran desgraciados en sus matrimonios, con mujeres frías y niños repollos. Pero el desenlace siempre era el mismo. Ellos volvían a su confortable vida. Hay que ser muy osado para quebrar una posición social, aunque no te satisfaga.

Alguien llamó, miró por la mirilla, era muy tarde para visitas.

—¡Dios mío es Juan! ¡No, esto no podía estar pasando. No, Marina corta esto! ¡No abras, ya sabes lo que sucederá después! ¡Es el marido de Tina!

Pero abrió…

—¿Puedo quedarme aquí esta noche?

—¿Cómo? No te entiendo. Si lo necesitas por supuesto ¿Pero no tienes ningún amigo? No se…Gabriel seguramente estaría encantado de que fueras a su casa, no encuentro conveniente que sea la mía, eres un hombre casado.

— ¡No puedo seguir con ella! ¡Ayúdame a escapar!

—Juan, Tina es mi amiga, o al menos lo fue. Yo diría que no soy la persona más adecuada para ayudarte.

—Tina no es amiga de nadie ¡Eres la única persona que puede ayudarme, créeme!

—Has bebido mucho Juan, vamos a hacer una cosa, hoy duermes en el sofá y mañana Dios dirá. Acomodó unos cojines y le trajo una manta. Mañana será otro día!

Estaba tan cansado que no tardó en dormirse. Por la mañana, amanecer en el sofá de Marina, le pareció toda una aventura. Olía a café, a tostadas, a hogar.

—Buenos días Juan, ¿Desayunamos?

Se incorporó y los tres gatos de Marina acudieron atraídos por el olor a comida

— ¡Por favor quítalos del sofá, no podría vivir así con tantos animales y tanto desorden!

—Yo tampoco con alguien que tuviera un problema con el alcohol como el

que tienes tú.

Juan contrariado, negó con la cabeza que tuviera ningún problema.

—Te gusta mucho engañarte Juan, tienes este problema, y muchos más.

—Nadie se ha atrevido a hablarme como lo estás haciendo tú.

—Pues ya es hora de que alguien te hable con verdad.

—¡Perdona! estoy acostumbrado a que mi casa está perfectamente ordenada, para eso mi mujer es perfecta.

—¡Ya, por eso has venido aquí! Aún estás a tiempo, vuelve con tu mujer perfecta, tus perfectas hijas, tu ordenada casa y tu maravillosa vida. No eres capaz de romper con todo eso y lo entiendo.

—Mi vida no es maravillosa ¡Mi vida es una puta mierda! No, me quedo aquí, si tú me dejas ¡Me estoy ahogando tengo que salir, es lo único que tengo claro!

—Quédate hoy, pero mañana busca otro sitio donde vivir. Y otra cosa, No quiero malos entendidos ni que Tina me monte uno de sus moralistas "titis".

Pero Tina ya había decidido romper de un plumazo la amistad con Marina y Blanca, estaba en otro estrato. Dejó de ir a comer con ellas los primeros viernes de mes, al principio elaborando buenas escusas, al final ni se molestaba.

¿Para qué? Escuchar tonterías, tener que contarles que Juan estaba muy raro y se había ido de casa. ¡Ya se cansaría, era un chiquillo!

Juan, después de ese día, se quedó otro y los días se convirtieron en semanas. En ocasiones volvía a casa intentando retomar su vida pero cada vez la soportaba menos. Volvía al refugio de Marina, cabizbajo implorando calor y abrazos, alguien que lo escuchara. Y las semanas se convirtieron en meses, las confidencias devinieron en abrazos, los abrazos en deseo y de la forma más natural del mundo un día simplemente durmieron juntos.

—¡Marina, marchémonos, cortemos con todo, vámonos fuera de aquí! ¡Ya no había vuelta atrás!

Capítulo 17

Image not found.

CAPITULO XVII ATREVÁMONOS A VIVIR

—¿Estás seguro? ¿Me estás ofreciendo que empecemos una vida juntos? ¡Romper con todo!

_Siiiiii, la besó con dulzura, con pasión, con cariño y después de un cálido abrazo, se fue a trabajar.

No había otra salida que cortar amarras. Tenía que romper lazos con su familia. Eran ellos o ella. Pensó por un momento en despedirse pero eso era un "hasta luego" y necesitaba un "hasta nunca".

Borró sus teléfonos, todos sus recuerdos, rompió fotos y construyó un muro de hormigón imaginario. ¡Ellos o yo!

Si decidimos construir una nueva vida con Juan, será desde" 0". ¿Miedo? Nooo poseía una increíble fortaleza que le impulsaba a hacerlo, con él iría al fin del mundo, abriría puertas, cerraría otras. Ella a cambio sanaría sus heridas, lo abrazaría, lo estaría esperando siempre.

Mañana anunciaría en el trabajo que en quince días tendrían que prescindir de sus servicios. Juan había aceptado el ofrecimiento de un hospital de Madrid en un equipo de investigación cardiaca. Es lo que él siempre quiso hacer, investigar. Ganaría quizás menos pero ese trabajo le hacía feliz.

"Nos tomaremos de la mano y empezaremos a caminar juntos, esta vez nada puede salir mal. Es un buen hombre aunque tenga que despojarse de un montón de prejuicios sociales, barrer tanta mentira, fundirse con la

naturaleza otra vez. Probablemente haya momentos duros,Tina, no me va a perdonar esto, Pero ¿Qué puedo hacer si me he enamorado? Conociéndola, va a dedicar el resto de su vida a vengarse de mí, a humillarme ¡Su marido la ha dejado y la ha dejado por el desastre de Marina, nunca lo va a entender! ¿Sus hijas? No sé lo que va a pasar, siempre serán sus hijas y yo le ayudaré en lo que pueda.

Sonó el teléfono era Tina, Marina lo cogió con decisión a pesar de que le temblaban las manos.

—¡Sé que eres tú, pronto se cansará de ti .No le puedes ofrecer nada, volverá en menos de dos meses conmigo, y esta vez acabarás destrozada. Pero es lo que te mereces, ojala revientes!

—Siento lo que ha pasado Tina, yo no quería que sucediera pero es así.

—Más de una vez ha tenido amantes, tú eres una más. Eres una fracasada incapaz de sostener a alguien. Siempre me has envidiado por lo que yo he conseguido.

—¿qué has conseguido Tina, dime qué has conseguido? ¿Qué tu marido te la peque constantemente? Lo peor de todo es que a ti te da lo mismo.

— ¡Volverá conmigo y tú lo vas a pasar muy mal Marina!

— ¡Lo que tenga que ser será Tina! Sólo puedo decirte que lo quiero de verdad, sé que tú no!

— ¡Nuestra pareja era perfecta! No solo basta con amor

— ¡Perfecta de cara a la galería! Tina sabes que no es así. Hace falta amor, él no puede más.

—¿Eso te ha contado? ¡Zorra Ingenua!

— Tina lo siento, pero no puedo volver atrás.

Cuando colgó, el pasado se volatizó, desaparecieron los abusos, las caídas, las jaquecas…todo se disipó. Le invadió la seguridad, la libertad, la sensación de no tener presiones ni servidumbres.

Cuando regresó, Juan la encontró radiante, la miró embelesado y se abrazaron.

—¡Adelante, atrevámonos a vivir la vida que queremos vivir, no nos queda tanta! — Espetó Marina con un regenerado entusiasmo.

Capítulo 18

CAPITULO XVIII MATAR A LA BESTIA

La policía estaba convencida de que fue a través de Nicoleta como se consiguió la llave para entrar en el domicilio de Pilarita Garcés. Adrián tenía coartada ¿Quién había sido?. Se investigó en el entorno de Nicoleta, pero todas sus amistades eran personas mayores y sin la fuerza necesaria como para tener ese nivel de ensañamiento.

Nicoleta llegó a casa hecha un mar de lágrimas, pidió permiso a Blanca para ir a ver a la señora pero no pudo ser, los médicos lo desaconsejaban.

Se dispuso a cocinar la cena cuando le pareció que en la puerta aguardaba Adrián.

— Adri, pronto cenaremos..tengo que contarte…

Se giró hacia él, y en ese momento se le cayó el plato que sujetaba con la mano al suelo rompiéndose en mil añicos ¡Era Sergei, el mismísimo diablo estaba en su cocina!

— ¡Hola Nicoleta, que bien huele! —dijo Sergei con actitud prepotente.

—¿Qué haces tú aquí?

— Esta es mi casa, aquí viven mi mujer y mi hijo— y se sentó en la mesa de la cocina, como un marqués exigiendo ser atendido por sus criados.

— ¡Te sirvo un plato y te vas!

— ¡No, no me voy a ir, tú eres mía, Adrián es mío, todo esto me pertenece!

— ¡Si te relacionan conmigo enseguida sabrán lo que hiciste a la señora!

— La señora ¡Puta vieja! ¿Por qué tuvo que apuntarme con esta pistola? Sólo me defendí.

— ¡La dejaste destrozada, tiene un derrame cerebral, quizás no sobreviva, animal! Eso te convierte en un asesino

— ¡Y tú en mi cómplice! – Y le enseñó la copia de las llaves de la señora.

Nicoleta se sentó al otro lado de la mesa aterrada, su voluntad anulada. Sergei comió con avidez, mojando pan, despreocupado.

— ¡Hazme un café! — le ordenó, con esa chulería que enervaba a Nicoleta

— ¡Un café y te vas!

— ¡Mizerabil catea, hazme un café!

Tirando la silla al suelo, la agarró violentamente de los pelos retorciéndole el brazo, mientras le gritaba:

— ¡Să mă fut în mă-ta! ¡Como tengo que decirte que no me voy a ir, siempre has sido una cobarde, no sirves para nada! ¡Muie!

Los ojos se le inyectaron en sangre y su violencia animal se desató sobre ella como tantas veces, la empujó hacia el salón, pateándola. Nicoleta aterrorizada, suplicaba por su vida. Sergei reía poderoso mientras la apuntaba con la pistola que le había quitado a la señora.

— ¡ Eres un ser inútil, no vales para nada, me encanta cuando tiemblas. Esta vez no te disparo, sólo por ahora ¡Hazme ese puto café, estúpida!

— ¡puuuedooo ir a lavarme la cara al baño, por favor.._se atrevió a decir la pobre Nicoleta incapaz de pensar.

_Si, inútil, puedes, te doy permiso— y rió monstruosamente.

Depósito la pistola en el mueble de la entrada del salón y se sentó en el sofá, tomó el mando de la televisión y empezó a cambiar de canal, conquistando su trono.

Nicoleta se vió reflejada en el espejo y no se reconoció, la deformidad de su labio la hizo reaccionar ¡Esa no podía ser ella, ella valía no era ninguna inútil y aporreó el lavabo con rabia mientras se lavaba la cara y atusaba el pelo. Al salir reparó en su nuca frente al televisor y en la pistola encima del mueble.

— ¡He cambiado de opinión, traéme una cerveza y fría ! — sin voltear la cabeza—¡En esta casa voy a poner orden, ya no está tu padre para protegerte. A Adrián le voy a enseñar a ser un hombre de verdad, lo estás amariconando!

— ¡Deja a Adrián! — y su voz sonó firme y segura

— ¡A mi, no me digas lo que tengo que hacer! ¡Muie! y esta vez si que se giró violentamente percibiendo como Nicoleta le apuntaba con la pistola que había dejado en el mueble.

— Ja ja ja ¡Deja de jugar imbécil! ¿O quieres que te deje como a la puta de tu señora?

— ¡Te voy a matar! — hablaba con una tranquilidad inquietante.

— ¿A quien vas a matar tú? ¿No has tenido bastante inútil?

— ¡Yo valgo, valgo, valgo, no soy ninguna inútil!

— No vales nada, y a Adrián me lo voy a llevar te lo traeré hecho un hombre, ¡Deja esa pistola ya o..!

— ¡¡o valgo, tu eres el que no vale nada, y Adrián será un hombre de bien, no permitiré que sea como tú. No te acerques!

Pummmmm pummmmmm— Dos disparos certeros en el pecho

En ese momento entró Adrián por la puerta y corrió a socorrer a su madre, que permanecía de rodillas junto al cuerpo, con la cara desencajada, sin comprender que había pasado.

— ¡Lo he matado, lo he matado!

— ¡Tranquila mamela, ha sido en defensa propia!

— ¡No, ya había dejado de pegarme!

— ¡Ya no lo hará más, ya no te hará más daño ese cabrón. El o tú! ¡Todo el horror se ha acabado Mamela! — Y la abrazó para tranquilizarla, ¡La quería tanto!

Llamaron a la policía y explicaron todo lo sucedido. A Pilarita le costó un mundo pero al fin confesó quien había sido el que había asaltado la casa de Pilarita, que no les dijo nada por el miedo insuperable que le tenía, fue mucho más fácil de lo que Nicoleta creía, sintió una liberación extraña que fue acariciando todo su cuerpo, toda su alma. No sentía ningún remordimiento por haber arrebatado una vida, pensó que había recuperado dos, la suya y la de su hijo y eso acalló su conciencia.

Recogieron el cuerpo y Nicoleta y Adrián acompañaron a los agentes para tomarles declaración en comisaría.

Capítulo 19

CAPITULO XIX SOLILOQUIO DE LA SOLEDAD

Blanca, Blanchi, ya no sentía cadenas que la ataran ni a su madre ni a su marido. También podía imaginar la vida sin él, aunque lo quisiera. Ninguno de los dos había sabido quererla bien.

Hay amores que te exigen fusionarte con ellos, entregarte por completo, pero cada uno somos el centro y el motor de nuestra propia vida, nuestra propia fuente de amor. Sólo así, surge la capacidad de amar.

Estaba sola, pero no asustada. En la soledad podía escuchar sin interferencias sus sentimientos. En la soledad caían todas las máscaras ,se desnudaba, se fusionaba con el universo.

Tomó su libreta y comenzó a escribir…

"Mi madre y mi marido cometieron el error de darme la responsabilidad de sentirse amados y acompañados. Eso no era amor, era dependencia emocional, que asfixia, que ahoga.

Una mente brillante necesita soledad, el placer de meterse en la cama y dormir sola con las extremidades extendidas en forma de aspa, como Pilar Urbano. El econtrarte, el perdonarte, el sentirte, el liberarte, el superarte, el amarte.

La soledad es un espacio de reposo sanador, es el aire que respiro, inunda mis pulmones y mi alma de una paz infinita. Disfruto encontrando revelaciones en el desierto, sólo así me siento libre, aunque paradójicamente les echaré de menos a los dos.

La crueldad humana vomitada en palabras ofensivas es la que abre los agujeros negros del inconsciente. Tenía una quemadura interna, una quemazón con techo de cristal que no podía salir y supuraba dentro.

Por fin, ha estallado y de una forma absolutamente racional he dejado de engañarme a mí misma, prefiero estar sola, estoy bien sola, disfruto estando sola, no puedo entender ya la vida sin la soledad.

Lo quise mucho, más que a mí misma, no sé si como a un hijo o como a un hombre, pero él era mi todo. Si algo era real, era él, si valía la pena

vivir era por él. Él era el principio y el fin, el vacío y el todo, el punto de apoyo desde donde mover el mundo.

Era cristal, sólo cristal y se fue desquebrajando, estallando y mis pies quedaron suspendidos en el aire como un astronauta que ha perdido su nave espacial. Reconstruí añico por añico su sonrisa vidriosa, pero ya no era un cristal limpio. Era un caleidoscopio donde las figuras se multiplicaban y se deformaban distorsionadas e impuras.

Nacemos solos, morimos solos, ese es nuestro estado natural, y a veces vivimos solos, aunque el ruído de fondo rompa nuestros tímpanos. Nos aferramos a amarres para poder ver la otra cara de la luna.

"A partir de esta soledad construiré mi nuevo universo”.

Dejó sus reflexiones en su libreta y se dispuso a prepararse un café. Llamaron temprano, sobre las siete, no sería más tarde, lo sabía porque su vecino siempre se duchaba a esa hora.

— Blanca del Olivo Garcés?

— Siii

— Su madre ha despertado, quiere hablar con usted.

— ¿Qué dice? ¡Ay Dios mío, voy!

Cuando llegó al hospital, su madre estaba en planta, lucía hermosa. Las enfermeras la rodeaban y le daban la bienvenida a la vida. Era de esos días en que Pilarita estaba sembrada y se metió a todo el equipo médico en el bolsillo.

Dos policías llamaron a la puerta y le hicieron preguntas sobre su agresión

— ¡Responderé, pero que mi hija no se vaya!

Pilarita describió el episodio con toda suerte de detalles, los mismos policías reían por la gracia de la señora. Novelaba movimientos, situaciones, ella era la protagonista de esa película. Cotejaron lo que Nicoleta les había contado y todo encajaba como un puzle. En un aparte explicaron a Blanca la muerte de Sergei a manos de Nicoleta y la emplazaron para contarle más detalles.

— Muy bien señora, ha sido usted muy amable, seguiremos en contacto y enhorabuena por su recuperación, ha sido usted muy valiente.

— ¡Pues claro que he sido valiente! ¿Qué se piensan? ¡Soy hija de maestra, y mujer de un militar de alta graduación!

Rieron sonoramente por la ocurrencia y se despidieron, Blanca y su madre se quedaron solas.

— ¡Mamá….!—musitó Blanca con cariño

— ¿Qué quieres, hija mía?, ven y acércate

— ¿Cómo te encuentras? —Tomando su mano con ternura

— Bien, me duele un poco la boca y el costado pero bien ¡Lo has pasado mal ¿eh? En el fondo me quieres, no me extraña a mí me quiere todo el mundo!

— Supongo que si mamá, aunque a veces me ahogues

— ¿El enfermo?

— ¡Mamá no lo llames así! Está bien.

— ¡He estado todo este tiempo con tu hermana!

—¿¡Qué dices, mamá por Dios!? ¡Lo soñarías!

— ¡Es verdad, ahora te lo puedo decir, nunca la deje marchar! y por la noche cuando duermo, nos encontramos.

— Mamá ¡No digas tonterías, voy a llamar a la enfermera, estás delirando!

— ¡No…!— y le apretó con fuerza la mano— ¡Tienes que creerme! — Sus ojos miraban pulcros, serenos— Nunca he estado más cuerda. No pude dejarla marchar. Sé que esto ha hecho que a veces estuviera entre dos mundos y no he sido una persona fácil, pero ¡No podía dejarla marchar, era tan pequeña! Tú ya eres mayor, no me necesitas, tú misma me lo has dicho. Por eso me voy a ir otra vez, se lo he prometido a tu hermana. Anda hija dame un beso y un abrazo y aquí nos despedimos.

Blanca la beso con ternura y la abrazó con todo el amor que pudo, pero observo que la presión de los brazos de su madre se iba desmoronando y su cara adquiría un rictus estático.

— ¡Enfermeraaaa!

Las constantes vitales de Pilarita decayeron y cuando llegó la enfermera apenas tenía pulso. Intentaron reavivarla pero fue del todo inútil y antes

de expirar una sonrisa limpia se dibujó en su cara. Los médicos no se explicaban que había pasado, parecía recuperada, pero era muy mayor y las contusiones eran graves.

Siempre había podido imaginar la vida sin ella, en ocasiones, incluso había fantaseado con esa idea, sin ningún remordimiento. Así,postrada en la cama, yaciendo muerta, comprendió que la quería y una lagrima sincera surco su mejilla.

Se disponía a abandonar la sala cuando Nicoleta apareció por la puerta…

— ¡Señora….Noooooo!

Las dos se fundieron en un abrazo, sólo ellas podían comprender por qué en el fondo amaban a Pilarita.

Los policías les dejaron un rato de intimidad a las tres para que se despidieran, para que lloraran, y cuando consideraron entraron y las invitaron a que pasaran a la sala contigua para ayudarles a finiquitar el informe.

Sentadas en la mesa juntas, se cogieron de la mano y volvieron a abrazarse sin disimular el llanto. Los policías enternecidos por la escena, le dejaron su tiempo antes de volver a continuar.

—Lo sentimos, lo sentimos muchísimo.

FIN